

Ana V. Clavel

Breve tratado
del corazón

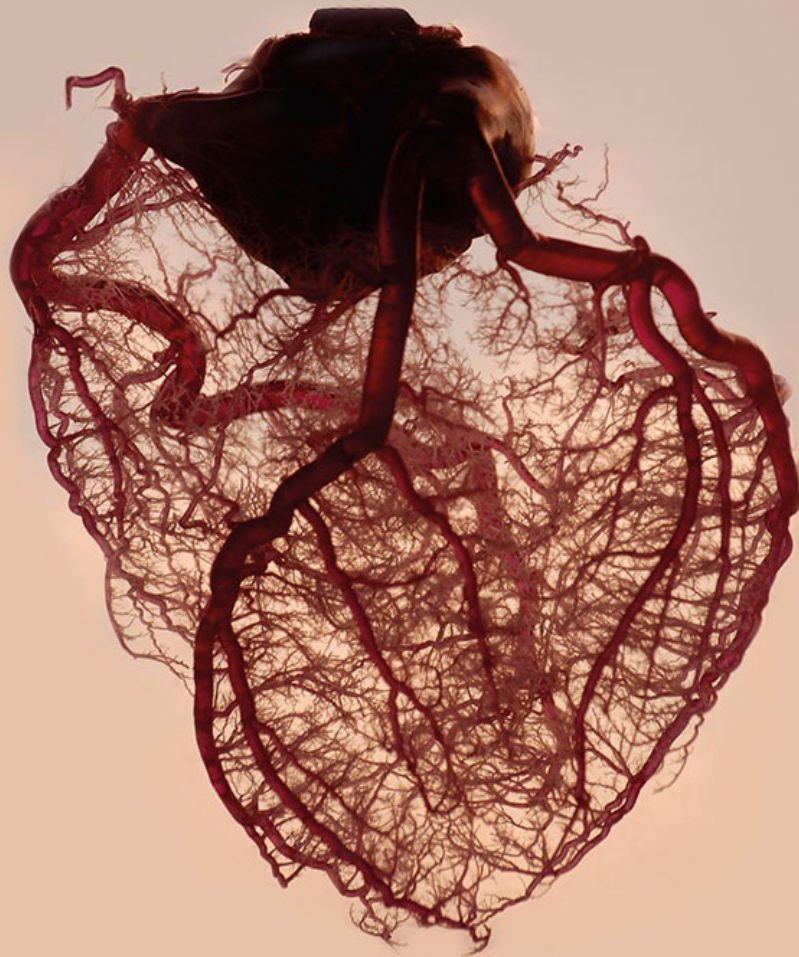


ALFAGUARA



Ana V. Clavel

Breve tratado
del corazón



Narrativa Hispánica

Ana V. Clavel

Breve tratado
del corazón

ALEAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Mil y una noches después

—Ahora lo sabes... —le dijo Scherezada a un Aladino ya cansado por los años—. La verdadera lámpara de los deseos ha sido siempre tu propio corazón.

Primera parte

1. Un corazón simple

Nunca sabremos cuánta sangre se necesita para una sola caricia.

Emporte-moi

Era como si el corazón fuera a estallarle en el pecho. Al borde de las vías del Metro, pensó: No puedo más. Y las voces. Sandra había empezado a escuchar voces. Le decían: ¿Por qué no terminas con todo? Nada vale la pena. Hagas lo que hagas no te salvarás. Sería tan fácil cerrar los ojos y saltar. En medio de aquella angustia, esa marea oscura que amenazaba con tragarla, surgió una lucecilla súbita: No puedo morir sin conocer el Taj Mahal. Contempló la llegada de los vagones y una sensación de vértigo y peligro la obligó a dar un paso atrás. Aterrorizada por lo que había estado a punto de hacer, repitió aferrándose a esa única ilusión: No me puedo morir sin conocer el Taj Mahal.

Su mente trabajaba a mil por hora. Tenía unos ahorros en el banco. Los gastaría en el viaje. Abandonaría el trabajo y lo que fuera necesario. Se dirigió a la agencia más cercana con tanta premura como si en aquello se le fuera la vida. Consiguió un vuelo con escala en París para el fin de semana siguiente. Pero tendría que permanecer un par de días ahí para aprovechar una tarifa económica de Air India que le incluía un hotel austero en Agra, la ciudad donde se asentaba el palacio de su anhelo. Sonrió después de quién sabe cuánto tiempo sólo de pensar en el castigo de tener que caminar a la vera del Sena, entre las *bouquineries* y los álamos y liquidámbares que cercaban el río. Era cierto lo de la sonrisa. Lo percibió en los músculos pesados y el esfuerzo para que su rostro se aligerara como si en vez de piel tuviera una rígida máscara de cerámica. Sólo de sentir el poder de esa sonrisa, pensó en todo lo que había estado a punto de perder. De haber cedido a la desesperación, se habría convertido en otra suicida del Metro. Imaginó su cuerpo desmembrado y su carne quemada entre las ruedas como un espectáculo de horror inexplicable para los otros y cerró los ojos.

A su mente acudió el recuerdo de la carta de un suicida en un libro cuya portada le habían encargado diseñar. En ella, su autor agradecía a todos las bondades que le habían prodigado en la buena época de su vida. Entre aquella innumerable lista de gestos amistosos y virtudes solidarias, de pronto surgían los dejos de rencor, aguijonazos lanzados de golpe y porrazo: “A mi madre por ser la mejor mamá del mundo, con sus aciertos magníficos y sus errores catastróficos...”. Por eso resultaba tan extravagante la mención de un gato en aquella larga carta, precisamente en un discurso que buscaba remediar el vacío sin que interviniera ya ningún razonamiento lógico. “A Tudi, por ser tan gato...”. Una suerte de generosidad sin límites que lo anegaba todo en una oleada de amor y narcisismo.

Pero Sandra no había pensado dejar nota alguna porque la idea del suicidio surgió como un salvavidas inesperado en medio del hundimiento. No sufrir más. Que todo se fuera al diablo...

incluida ella. Por eso, ahora que la vendedora de la agencia de viajes le extendía el boleto con su nombre, no pudo evitar acordarse de que apenas unas horas antes había estado a punto de arrojarse a las vías del Metro, y volvieron a su mente las luces del tren que titilaban en la oscuridad del túnel, la ilusión intempestiva de ver el Taj Mahal que la había salvado en el último momento, y el recuerdo imposible de Tudi, ese gato tan gato que ella no había conocido, y se echó a llorar.

Breve teoría del corazón suicida (Salto mortal)

No hay nada definitivo respecto de una teoría del corazón suicida, salvo que cuando se arroja por una ventana, del cielo no le caen las alas.

Llegó a París una tarde soleada. Sin darse cuenta comenzó a caminar al ritmo apresurado de la gente con la que se cruzaba en el Metro, en las calles. Recordó que por el rumbo de Place d'Italie vivía la hermana de un exnovio de la época en que había trabajado en Bellas Artes. Pero no se le ocurrió buscarla. Todavía se sentía atolondrada por el viaje, pero sobre todo por la experiencia de la que había surgido el deseo de ver el Taj Mahal. Como si a partir de entonces su vida hubiera adquirido la luminosidad incierta de los sueños, una suerte de irrealidad que le llegaba de forma amplificadas a través de la piel y los otros sentidos. Diríase que estaba drogada, o que tomaba medicamentos para la depresión. Pero no era así: la posibilidad de la muerte había abierto las compuertas de una percepción más intensa —pero también distorsionada— para acercarse al mundo y a las personas.

Tal vez por eso cuando vio a la muchacha de la sonrisa asomada en un aparador, no le dio importancia al hecho de que el gesto proviniera de una máscara de cerámica neutra, sin pintar. Era común que las vitrinas en París fueran verdaderos altares a la belleza y al diseño, auténticas instalaciones artísticas que, si no se encontraban en la sala de un museo de arte contemporáneo, era tan sólo porque a veces de manera sutil, otras de forma manifiesta, subyacía en ellas una intención comercial. Sólo eso, porque frecuentemente echaban mano de recursos fotográficos, plásticos, multimedia de la más alta factura y calidad conceptual. Así era el escaparate de la muchacha de la sonrisa. Máscaras con su rostro dulce y tenue emergían aquí y allá entre pliegues de aguas azules y mercuriales. Y en cada rostro inmóvil de ojos cerrados y labios apenas curvados, sin gota alguna de color, de manera intempestiva surgía la proyección de los rasgos de una joven que despertaba con los colores de la aurora, sombras tornasoladas para los párpados, polvos afrutados para las mejillas, pinturas encarnadas para el dibujo leve de las bocas. Y los rostros ya maquillados y en movimiento guiñaban un ojo, acentuaban la sonrisa, prodigaban besos volátiles, y de nueva cuenta regresaban a la neutralidad inicial para recomenzar unos segundos más tarde el proceso de la vida.

Poco a poco se dio cuenta de que la muchacha la seguía. Hacía varias calles que la tienda de maquillajes y productos de belleza femenina había quedado atrás en el barrio de Marais. Caminaba muy cerca del río, a un costado de Notre Dame, y ahí entre los puestos ambulantes de una librería volvió a encontrarse con ella. Era sin duda la misma muchacha de la sonrisa tenue. Su rostro sosegado aparecía ahora en la portada de un libro, acompañado de un título: *L'Inconnue de la Seine*.

Hojeó maravillada algunas páginas. Por lo que pudo entender, la “Desconocida del Sena” había sido una ahogada cuyo cuerpo apareció en el Quai du Louvre a fines del XIX, sin huellas de violencia, lo que hizo suponer que se había suicidado. Era una ahogada joven que, en vez de un gesto de amargura o dolor, poseía una sonrisa dulce y enigmática. La habían puesto en exhibición en la morgue para que sus deudos la reconocieran, lo que no sucedió. Un asistente del médico forense, fascinado por el rostro de la joven, le hizo un molde de yeso. Al poco tiempo la máscara apareció a la venta en varios establecimientos y la Desconocida se convirtió en musa de artistas y profanos.

Sandra decidió comprar el libro en el que se sucedían imágenes inspiradas en la máscara original y varios relatos fantásticos. En breves segundos se había acostumbrado a la tersura de esa sonrisa de tal modo que cuando levantó la mirada para pagar, le pareció natural que la cajera se hubiera contagiado de la magia de la Desconocida y le sonriera de manera sutil y cómplice. Al salir del establecimiento, la tarde caía dorada sobre las aguas del río. Siguió su curso hasta atisbar el Quai du Muséum, en otro tiempo conocido como Quai du Louvre. Al parecer, sus pasos la llevaban hacia el muelle donde habían encontrado el cuerpo de la Desconocida. Recargada en un parapeto del Pont Neuf se sumergió en la magia de su voz que le llegaba desde las páginas del libro que traía consigo: “Creía que una se quedaba en el fondo del río, pero ya veo que vuelve a subir — pensaba confusamente esta ahogada de diecinueve años que avanzaba entre dos aguas...”. Se asomó al río, y a pesar de los metros de distancia que la separaban de la superficie líquida, pudo ver el rostro de la joven, sonriente y con los ojos cerrados, como si se hubiera detenido en la arcada para saludarla antes de seguir su camino al mar. Porque en realidad era una sirena y quería llegar al mar. Sandra sonrió y devolvió el saludo. Y entonces se dio cuenta. Fue como una revelación que al mismo tiempo no la sorprendía por más que supiera que aquello no era posible. Tal vez todo era un espejismo. Quizá el tiempo se había expandido a partir de que viera la lucecilla en el túnel del Metro y se le metiera en la cabeza que no podía irse sin ver el Taj Mahal. Tal vez sí había saltado y ahora vivía en la dimensión de los sueños, donde quizá podría poseer un gato Tudi propio con manchas negras y blancas. O tal vez mañana abriría los ojos y se encontraría con el palacio de su anhelo ante ella, reflejándose vibrátil y gozoso en el espejo de agua como lo eternizaban las fotografías y postales. Pero una cosa era enteramente cierta: entre las ondas del río que formaban una imagen titilante, reconoció en el rostro de la Desconocida del Sena su propio rostro. Y en vez de sorprenderse por ello, se preguntó en una lógica salvaje cuánto tiempo le llevaría llegar en flotación libre, a mar abierto, hasta las costas de la India y de ahí remontar, entre ríos y afluentes en contrasentido imposible, hasta el estanque en el que el Taj Mahal se contemplaba a sí mismo con la fascinación de una mujer hermosa ante un espejo de agua. ¿Así de inconmensurables eran los deseos y su lámpara maravillosa que ardía en el corazón?

**Sirenocardia
(Corazón de sirena)**

Tenía una concha de caracol
por corazón y cuando los hombres
—esos bípedos incorregibles—
la abandonaban, se lo llevaba al oído.

Al escuchar el ritmo
del oleaje, su cola
se humedecía,
sus cabellos
brillaban
fosforescencias,
lista para
una nueva travesía.

También usaba
su concha-corazón
para quedarse
dormida,
sin necesidad
de cerrar
los ojos.



Sowby, J. et al.

A diferencia de la Desconocida, quien navegaba “ignorando que sobre su rostro brillaba una sonrisa, si bien trémula más resistente que la sonrisa de un vivo, siempre a merced de cualquier cosa”, Sandra sonreía sólo de pensar que viajaría con el goce de una identidad en préstamo. Saberse ligera sin el peso de un pasado propio la hizo preguntarse cuántos músculos eran necesarios para sonreír. De haber estado en su departamento en la Ciudad de México y frente a su computadora habría podido averiguar que en ese acto nimio y espontáneo están involucrados al menos seis pares de músculos. Y habría repetido sus nombres como parte de un conjuro iniciático: el músculo elevador del ángulo de la boca, el elevador del labio superior, el orbicular de los ojos, el risorio, el cigomático mayor y el cigomático menor, todos ellos en la misma pócima. Pero del movimiento del alma para que pueda emerger la flor de una sonrisa habría tenido que hacer uso de una aritmética sutil, de una anatomía de las pasiones que la habría obligado a transitar por los territorios volátiles de las caprichosas relaciones humanas. Ella, que antes se sintiera como papalote suelto, había visto pasar una geografía de cuerpos y una colección de personalidades que no consiguieron sino acentuar ese vacío que cada vez se le agrandaba más por dentro. Por eso cuando se enteró por una diseñadora de familia japonesa que trabajaba en su oficina sobre la leyenda del hilo rojo del destino, no pudo menos que sorprenderse. Que dos personas se buscaran por el mundo a pesar de la distancia, del tiempo o de las circunstancias, porque en realidad estaban atadas por un hilo rojo que conectaba, a través de sus muñiques, la fina arteria ulnar con el corazón de cada uno, le hizo pensar que en su caso ese hilo no parecía estar atado a nadie más. Que en el mito el hilo se pudiera estirar o contraer, pero nunca romperse, la llevó a considerar de un modo grave e infantil, como suelen ser la mayoría de las reflexiones terribles o gloriosas que urdimos en torno a nuestra vida, la fatalidad de un destino solitario. Así, sin aspavientos ni lamentaciones que pudiera escuchar la joven japonesa que le había contado la historia, permaneció en un silencio obcecado. Tan sólo una pesadez de piedra en la mirada y en el rostro, cada vez más lejos el fuego tenue de la más leve sonrisa.

Hay un momento en que el proceso de la tristeza y la desolación, cuando no se origina en causas exteriores a nuestra voluntad, resulta reversible. Pero hay un punto en que la pesadumbre se acumula y se vuelve cada vez más difícil de remontar. En cambio, nunca sabremos qué tan leve es el peso de una sonrisa porque es capaz de hacernos volar. Según un proverbio antiguo, el tiempo que pasa uno riendo es tiempo que pasa con los dioses. Tal vez porque nos volvemos un poco como ellos: inmortales, pues la risa nos coloca en un lugar fuera del tiempo, como también sucede en el éxtasis amoroso. Sandra lo había escuchado en un programa de radio, un par de años antes, mientras manejaba camino a su trabajo; lo mismo que una frase atribuida a un dramaturgo argentino: “La risa es el orgasmo del rostro”. Entonces el comentario le había provocado una sonrisa cómplice, pues reconoció que todas las risas y carcajadas se resuelven en sonrisas, y aunque no todas las sonrisas tienen un matiz erótico, todas ellas —risas y sonrisas— sí nos hablan de la capacidad de goce de quien las esboza. ¿Cómo no recordar los labios gráciles, la sonrisa delicada de la Mona Lisa? Algo particularmente hipnótico tenía esa sonrisa, como si prometiera un goce total, anonadante, capaz de suspenderlo a uno de la cuerda vibrante de la vida. Le había sucedido cuando, mochila al hombro con otros amigos de la universidad, hizo su primer viaje a

Europa. Dos meses de conocer ciudades, catedrales y museos. Beberse el Louvre en día y medio. Pero entre el trajín de caminar y abrevarlo todo de golpe, o las oleadas de muchedumbre que peregrinaban ante las obras maestras, hubo un momento eterno cuando Sandra contempló el cuadro de Da Vinci —apenas 53 x 77 cm— y, sin imaginarlo ni proponérselo, se sumergió en la gruta sin nombre de esa sonrisa medusante. El tiempo y el mundo quedaron anulados como si de golpe un raptó de silencio, una bocanada de muerte iluminada lo hubiera devorado todo. Y cuando salió del trance le costó entender que la vida siguiera su curso.

Todo eso se le había venido a la memoria con la sola frase de la risa como el orgasmo de un rostro. Y entonces lo entendió, aun a riesgo de chocar el auto que en aquel momento conducía. Recordó la afamada expresión que enlaza la sonrisa con la genitalidad femenina y creyó intuir la razón por la cual los labios gráciles de la Gioconda resultan hechizantes: porque en realidad evocan otros labios carnales de suave y rotunda sonrisa vertical.

Corazón palimpsesto # 1

Yo sé leer en mi corazón.

ROUSSEAU

Se me olvidaba decirte que, a pesar de todas mis muertes, todavía te sueño. Claro, en un mensaje de tan pocas líneas donde imaginaba mi nueva muerte, es difícil dar cabida a las turbulencias que aún provoca tu imagen. Pero cuando te sueño no te pareces. En cada sueño eres alguien diferente. No sé cómo es que a la postre termino por entender que siempre se trata de ti.

Por ejemplo, el sueño donde te creí mi padre que consigna exactamente una de las maneras en que todavía me gustaría morir. Íbamos por el sendero de arena que conducía al arroyo. Las hormigas se me subían a las chinelas que él me había regalado en otra muerte cuando era niña. Me retrasaba el cosquilleo y papá regresaba su mirada paciente a mis pasos. Entonces me subía en sus hombros y mi cuerpo era una sonrisa que florecía en cada milímetro de la piel. Llegábamos por fin a la orilla. Mis chinelas eran barquitos de seda china que me hacían flotar en el agua. Papá me las quitaba para que me hundiera mejor. Abajo del agua, su rostro ya no era el que yo conocía. Ahora era un rey tritón con sus barbas cuajadas de perlas y corales. Me daba un peine de ámbar para que le desenredara cada hilo. Al hacerlo una música desconocida se desprendía de sus barbas. Y cada acorde era una vibración que se acomodaba en mi costado haciéndome cosquillas. "Detente, papá", le decía adolorida por tanto goce. En respuesta, papá se transformaba en un pez de escamas azules que nadaba a mi alrededor con suaves coletazos. Me decía en una voz de ecos abisales que no sé cómo conseguía yo

entender: "Súbete a mi grupa". Al obedecerlo y sentir la piel jabonosa entre mis flancos, me daba cuenta de que no se trataba ya de mi padre. Boca sin labios, ojos membranosos e hipnóticos, cabalgadura a prueba de princesas... entonces me percataba de que en realidad eras tú.

O la vez que te confundí con la vendedora de flores, con mi prima Teresa que acababa de dar a luz, con el joven terrateniente de una película que muere en un torbellino de éxtasis y delirio en un bosque de abedules —y que es otra de las formas en que me gustaría morir..

Pero estas líneas de mi diario no son sino el recuento de mi reincidencia. Ahora que el día comienza a hendir espadas de fuego, sé que dejaré para después este mensaje perenne dirigido, en el sentido más literal, al hombre de mis sueños — que es, por supuesto, otra manera para referirme al hombre de mi vida, que es, ¿necesito insistir?, el hombre de mi muerte—. Siempre deseé que mi muerte no fuera sino un río desbocado hacia tu reencuentro. El epitafio perfecto sería ese que leí alguna vez en una novela, uno que dijera de mi muerte propia: "Su cuerpo no la contiene". Así, incontenible, corazón irremediable, voy a despertar para encontrarte. ¿Cuál será ahora tu nuevo rostro en fuga?

Cuán lejos estaba ahora de esos descubrimientos que la habían llevado en otro periodo a reafirmarse en la vida. Lo mismo que en los cuerpos en donde abrevó conocimiento, y comió y fue como los dioses porque descubrió que ella y sus territorios de piel eran su propio Paraíso. Entonces no pensaba que la melancolía en creciente y acumulada pudiera desbordarse al punto de lanzarla a las vías del Metro; tampoco que un acto tan sencillo y poderoso como sonreír pudiera quedar abatido con los privilegios del juego y la infancia.

En cambio la Desconocida sonreía hasta en defensa propia, con unos labios finos y bien dibujados que se prodigaban en besos risueños. Según el libro que aún sostenía Sandra en sus manos, por sus labios tenues el filósofo Albert Camus se refirió a ella como la "Mona Lisa ahogada". El escritor Nabokov le dedicó un poema, el poeta Rilke la cita en sus *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*. A la lista de autores se sumaban Maurice Blanchot, Céline, Anaïs Nin, Louis Aragon, Jules Supervielle y el fotógrafo Man Ray. Sin duda, en su leyenda aleteaban resabios de las ondinas, sirenas, ninfas; de Isolda y la dama de Shalott, de la Ofelia de Shakespeare. Y es que eso de morir ahogada y aun así conservar la sonrisa... El rostro de un ahogado usualmente se hincha, se deforma, había dicho el jefe de la brigada fluvial de la policía parisina, entrevistado en un reportaje de actualidad. Por su parte, el director de la fábrica de máscaras más prestigiada en Francia negaba que la joven estuviera muerta cuando se tomó el molde de la máscara. Debido a que es difícil mantener una sonrisa mientras se hace uno, deducía que en realidad se trataba de una modelo profesional que había posado para ese fin. Se había dicho tanto sobre la Desconocida. Además del destino literario que le había inventado varios orígenes —entre ellos el de actriz húngara en un blog de nuestros días—, la suerte de la muchacha

parecía haber cambiado de rumbo.

La noche había sumergido a la ciudad en una magia espectral desde que Sandra regresara a leer las páginas del libro. Tuvo que colocarse bajo la luz ámbar de un arbotante para seguir a la Desconocida. Así descubrió que en 1955 un fabricante de equipo médico llamado Asmund Laerdal diseñó un maniquí con el que pudieran practicar los aprendices de la técnica de reanimación cardiovascular. Laerdal deseaba que su maniquí tuviera una apariencia natural, así que se decidió por el rostro de la joven ahogada, llamándola Resusci Anne. Sandra se pasó la mano por los labios, como si un ala de paloma o la cola de un pez le hubieran rozado la boca. Pero también porque fue un golpe de conciencia: pensó que era como si la leyenda reclamara salvar a la muchacha de las aguas de la muerte, pero en los hechos, con la práctica de miles de personas entrenadas en la respiración de boca a boca, la dulce joven, cuya historia seguía siendo un misterio, prodigaba dócilmente el beso de la vida. Sutil ironía la de la suicida que terminó rescatando a otros a consecuencia de su propia leyenda. Así que era eso, reconoció Sandra. El golpe de conciencia había sido en su boca. Una sonrisa como beso de la vida.

Y ahora ¿qué haría ella con su existencia? Por lo pronto permanecer un par de días en París y luego emprender el viaje hasta la India. Se había salvado por el momento, pero una vez llegada al palacio de sus sueños, se preguntó, ¿tendría razones para mantenerse en esta orilla? Buscó de nuevo el rostro de la Desconocida en las aguas del río. Sólo descubrió ondas oscuras y brillos líquidos que no le permitieron encontrarse en ningún reflejo. Entonces cerró los ojos y trató de escuchar el suave oleaje en su interior. No le importó que un automovilista sonara el claxon en ese preciso momento. Porque le pareció escuchar una voz sin palabras que le decía: Llévame contigo. Seremos la Desconocida del Taj Mahal. Y una sonrisa volvió a sus labios como si por fin alguien la hubiera invitado a jugar, y ella no esperara otra cosa en el mundo.

Síndrome del corazón roto (Altura inadecuada)

Se arrojó desde el mirador de la Torre Latino porque sintió que no podía más. Al despertar, una enfermera le ajustaba el suero. Alcanzó a gemir "¡Oh, no...!", pero la enfermera la tranquilizó de inmediato.

—Tuvimos que intervenirla —le dijo— porque desde la altura de donde usted se lanzó es inevitable romperse el alma.

—Eso no es cierto... —murmuró la suicida con rencor—. Cuando me arrojé, ya traía el corazón resquebrajado.

¿Cuándo empieza a resquebrajarse un corazón? Melancolía habrían dicho los antiguos; depresión dicen los psiquiatras de hoy en día. Nostalgia, abatimiento, tristeza, morriña, *spleen*, somnolencia, lasitud, *saudade* son otros tantos de sus nombres y facetas. Y al parecer, ningún

hombre se libra de ella en algún momento de su vida: Robert Burton, en su célebre tratado *Anatomía de la melancolía* de 1621, señala que es “una característica inherente al hecho de ser criaturas mortales”. Si alguien le hubiera preguntado a Sandra si era de temperamento melancólico desde pequeña, ella hubiera respondido que no más que cualquiera. Ciertamente que a veces se abismaba dentro de sí misma como si en su interior pudiera guarecerse, como si ahí la esperara un laberinto recóndito que la aislara de cualquier amenaza exterior. Pero ignoraba que cada uno de sus pequeños actos —lo mismo las alegrías que las desilusiones— estuvieran preparando un gesto radical y funambulesco desde el silencio de su corazón.

Por eso, porque los movimientos del músculo cardíaco no sólo se miden en latidos y pulsos, se levantó a la siguiente mañana con la intención de hacerse de una máscara de la Desconocida. Le encantaban el café fuerte y las tostadas con mantequilla de los bares parisinos, así que hizo una pausa previa para disfrutar de ambos en el *café tabac* más próximo a su hotel. Una llovizna y un cielo encapotado le dieron la bienvenida. Apenas se sentó en una de las mesas que se hallaban junto a los ventanales, le pareció que en realidad estaba en el interior de una pecera. No sabía si era cuestión de la luz difractada por la mañana acuosa, o si se trataba sólo de su propia percepción, pero el ambiente en el interior del café algo tenía fuera de registro, una cierta distorsión en las líneas y los colores, de movimientos pausados y diferidos de las personas, que la hizo pensar cuán poco les faltaba al resto de los parroquianos, a la muchacha del perrito pomerania sentada a su lado, al mozo que servía con una pinta de bailarín de tango, para que de las comisuras de sus bocas silentes comenzaran a brotar burbujas. A su mente acudió la idea de que así debió de sentirse la Desconocida cuando descubrió a los seres que habitaban el lecho del río en el relato de Supervielle que había leído la noche anterior. Ordenó su expés al camarero y cuando éste lo puso frente a ella, le pareció que de su brazo brotaban unas fosforescencias como algas vibrátiles. Aquello era fascinante pero también la atemorizó. Se preguntaba si acaso no estaba perdiendo completamente la cordura. Entonces apuró el café y se lanzó a la calle.

Pero ¿dónde comprar una máscara de la Desconocida del Sena? En la tienda de productos de belleza del día anterior había varias en exhibición pero no estaban a la venta. Tal vez podría preguntar ahí dónde conseguir una. Se dirigía ya al barrio del Marais, donde había visto el aparador aquel de las proyecciones de maquillaje sobre el rostro tenue de la joven, cuando recordó que en un viaje previo había visitado el mercado de pulgas de Saint-Ouen con sus objetos usados cargados con la magia del tiempo, y hacia allá encaminó sus pasos.

Corazón suspendido

Una foto de vestidos colgando de las ramas de un árbol preludeó la muerte de una afamada diseñadora neoyorquina. Puesta en circulación en las redes poco antes de que la mujer, también conocida por ser la novia de una exitosa estrella del rock, decidiera terminar con su vida colgándose en su departamento de Chelsea, Manhattan. La imagen iba acompañada con una frase que muchos han calificado

de premonitoria, y otros de confesional y hasta macabra: "Inspiradora", escribió la mujer al publicar la foto evanescente en su cuenta de Twitter. Y al ver los vestidos iluminados como corazones ardientes flotar en el aire es posible imaginar cómo el propio corazón de la mujer debió de encenderse por una tenue y secreta caricia. Al fin había encontrado sosiego.



No tuvo que recorrer muchas tiendas antes de dar con lo que quería. De hecho, le había llevado más tiempo trasladarse al Marche aux Puces, pues tuvo que transbordar en el Metro hasta la estación Garibaldi y de ahí atravesar medio distrito XVIII, que dar con lo que andaba buscando en una tienda cuyo nombre la había atraído de inmediato: *Présents Passés*. Ahí la estaba esperando. En una vitrina lateral descubrió el rostro de la Desconocida, sonriéndole como sólo ella podía hacerlo.

Era una máscara de resina retocada de cerámica con los rasgos tenues de la muchacha. Acordó un precio con el dependiente, un hombre mayor que la conminó a probársela y le ayudó a ajustarse la cinta elástica. Cuando pensó en adquirirla no se le había ocurrido que podría usarla y de pronto la tenía sobre su propio rostro. Sandra se miró en uno de los espejos de marco gastado que colgaban en las paredes con un gesto de curiosidad divertida. Antes se había reconocido en las aguas móviles del Sena, pero ahora la superficie bruñida le confería una irrealidad asombrosa a su imagen fusionada con la de la joven —o más bien al contrario: la de la Desconocida cobrando vida en su propia imagen—. “Très belle”, le dijo el dependiente. Y ella sonrió detrás del rostro de la Desconocida.

La máscara era ligera, así que muy pronto olvidó que la llevaba puesta cuando salió del mercadillo. Los parisinos acostumbran aparentar que nada puede sorprenderlos, por lo que a lo más sonreían discretamente al verla. Sólo un muchacho de tez argelina se animó a decirle en viva voz: “Eh, toi, Carnaval de Venice !”. Y entonces ella volvió a sonreír y decidió llevarla puesta un rato más de regreso al Sena. La lluvia había terminado por manifestarse y le dio la impresión de que las calles mojadas eran brazos del río y la gente enfundada en sus impermeables navegaba en una colonia submarina. Le gustó formar parte de una ciudad acuática y avanzó entre sus aguas como una sonámbula enfebrecida.

En el subterráneo se acentuaba la sensación de irrealidad. Creyó de plano que habitaba uno de esos sueños que lo colman a uno de dicha inexplicable. La gente le sonreía, la dejaban pasar, le cedían el asiento. Un mimo que había surgido entre los pasajeros simulaba regalarle un ramo de nomeolvides. Una pareja de jóvenes darketos le obsequiaba un conejo de felpa con graffittis dibujados en el rostro y las orejas. Incluso un hombre con sombrero panamá que subió en Marcadet-Poissonniers se había puesto a silbar la tonada de *La chica de Ipanema* apenas reparó en ella. La dicha había vuelto de una forma inusitada y sencilla. Ella con un lugar propio en el vagón de la vida. Se llevó las manos al rostro para verificar si la máscara de la Desconocida seguía bien colocada. Descubrió que ya no la llevaba puesta. Entró en pánico sólo de pensar que se le hubiera perdido. Se asomó al vidrio de la ventanilla más próxima y la descubrió replegada sobre la cabeza, a manera de tocado. Respiró con alivio. Pero entonces descubrió que en la oscuridad del túnel el rostro de la Desconocida le susurraba: La siguiente parada es el Taj Mahal. Nunca alcanzarás mayor alegría. Salta de una vez. Y sí, inexplicablemente, ahí estaba reflejado en el espejo de agua el palacio de sus sueños, refulgiendo en aquella mañana acuosa. Se precipitó a su encuentro. Y por fin la luz, ya no saltimbanqui, sino absoluta, plena, lo invadió todo.

Corazón palimpsesto # 2

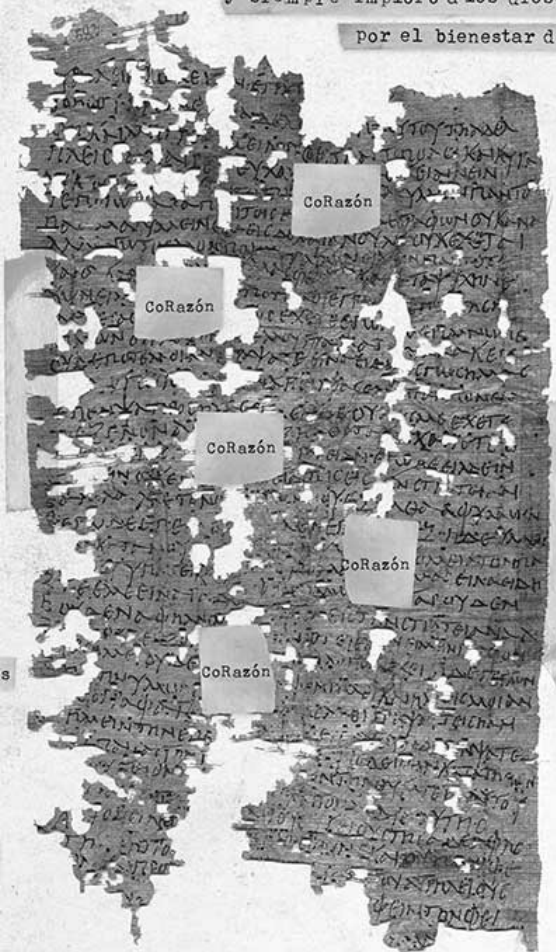
“Rezo día y noche para que estén bien de salud y siempre imploro a los dioses por el bienestar de ustedes. No he dejado de escribirles, pero ustedes no me tienen presente. Yo cumplo con mi parte escribiendo siempre y no dejo de pensar en ustedes y los llevo en mi corazón. Ustedes no me escriben ni me cuentan cómo están, o qué tal está la salud. Mi preocupación es tanta porque aunque no dejo de escribir mis cartas con frecuencia, ustedes no me han escrito para que yo sepa cómo están.

“Me tratan como a un extraño, les he mandado seis cartas. En el momento en que me tengan en el pensamiento, obtendré el permiso del consular y podré volver con ustedes para que sepan que soy su hermano. Escribanme también.”

Rezo día y noche para que estén bien de salud

y siempre imploro a los dioses

por el bienestar de ustedes



No
he
dejado de
escri
birles

P
E
R
O

ust
edes

NO

me
tienen
presente

No
dejo de
pensar

en ustedes

y los
llevo en
mí

CoRazón

Me tratan como a un extraño, les he mandado seis cartas...

Fuente: Carta de Aurelio Poli6n, legionario romano, a su familia —hermano, hermana y madre, de oficio panadera— hace 1,800 a6os. Trad. de Grant Adamson.

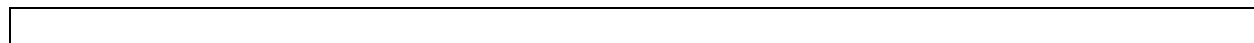
Esa luz absoluta fue un aviso de lo que suceder6a en Agra, unos d6as despu6s. La vida pareci6 acomodarse a la aventura. Llegar a Delhi con su marejada de olores encontrados. Un remolino de aromas y sudores y especias y humedades y detritus y contaminaci6n en una bofetada exultante y a la vez gozosa. De modo que a eso ol6a la vida en esta otra orilla del mundo. En un kiosco de informaci6n un joven de tez aceituna negra le indic6 que a6n la separaban m6s de doscientos kil6metros de su destino y trat6 de venderle paquetes tur6sticos para las ciudades cercanas. Pero ella repiti6 la palabra Taj Mahal como un mantra vehemente. El muchacho hizo lucir, blanquecina, una sonrisa que brill6 en la penumbra de su rostro. Entonces le dijo del sitio de taxis que por veinte mil rupias la llevar6a hasta Agra, o si no ten6a mucho equipaje, podr6a subirse a espaldas de un motociclista por la mitad de precio. Pero que se diera prisa en partir porque todav6a podr6a llegar para ver el palacio de su ensue6o al atardecer. “Magnificent view... Marvellous in sunset !”, insisti6 el joven en un ingl6s cantarino, como si ella necesitara razones para convencerse.

Subirse a la moto fue el inicio del v6rtigo. La vida corr6a a pinceladas de colores vibrantes que de pronto defin6an un rostro, un cuerpo, un rastro a mitad de camino entre la deformidad y la sinraz6n. En medio de la vegetaci6n lujuriosa, la humedad atosigante, niebla que persist6a durante kil6metros para nimbar el mundo, la carretera se extend6a sinuosa e interminable como una peregrinaci6n, a ratos invadida por racimos suburbanos que mucho ten6an de ciudades perdidas, cinturones de miseria de los que de pronto se desprend6a una mirada curiosa, una sonrisa esplendente e inimaginable en el centro del caos y la devastaci6n.

Tambi6n las vestimentas coloridas lo mismo que los altares del camino abarrotados de im6genes y flores agregaban notas inusitadas e intensas a aquella partitura visual. Porque a pesar de lo abigarrado y ca6tico, Sandra percibi6 que se introduc6a en una sinfon6a tridimensional en la que cada elemento formaba parte.

O al menos eso era lo que descubr6a con los sentidos y la conciencia alterados por la fiebre de estar en camino a su ilusi6n, por la velocidad y el v6rtigo que la manten6an al borde de s6 misma, experimentando la vida con una intensidad de r6fagas que la ametrallaban en los ojos, en los o6dos, en cada poro agigantado de la piel. Bueno, tambi6n que estaba a espaldas del motociclista, un hombre de piel oscura, y hac6a mucho tiempo que no ten6a otro cuerpo tan cerca del suyo.

La piel era de una suntuosidad que subyugaba, su pigmentaci6n concentrada la sumerg6a en una suerte de hipnosis como si escuchara un murmullo de caricias visuales que, por momentos, le impidiera apartar la mirada. Pero adem6s estaba el olor que esa piel emanaba: una mezcla de especias afrutadas y picantes en las que la c6rcuma, la pimienta, el tamarindo, las mezclas de curry, la mostaza, el comino, el mango se daban cita en oleadas. Sandra no sab6a los nombres espec6ficos que conformaban aquella fragancia compuesta y org6nica pero los adivinaba salvajemente dulces y lacerantes: un golpe de embriaguez al hipot6lamo, y de ah6 al coraz6n, esa zona secreta donde llevamos inscritos el para6so y su dolor como un tatuaje profundo.



Corazón Aleph

El pequeño espacio dentro del corazón
es tan grande como este vasto universo.
Los cielos y la tierra están ahí,
el sol, la luna y las estrellas;
el fuego y el relámpago y los vientos están;
y todo lo que ahora es y todo lo que no es...

Fuente: Upanishad Chandogya, s. IX a.C.

Bhav, así se llamaba el hombre, debió de percibir el éxtasis de la mujer que viajaba a sus espaldas, el contacto desinhibido de sus senos, el golpe desenfrenado de la respiración, la suavidad tenaz con que lo abrazaba, porque se contagió del aura de goce de ella y, como si fuera un Adán en un paraíso renovado, comenzó a nombrar a los animales, las personas, los ritos y los lugares con los que se topaban como si los descubriera por primera vez. Ella intentaba pronunciar las palabras en aquel idioma desconocido y las paladeaba en la lengua con la alegría de disfrutar de una fruta solar o un agua escondida.

Todo seguía el precipicio de los sueños. Una vez en los linderos de Agra, Bhav le sugirió llevarla a ver primero el palacio desde la orilla oriental del Yamuna antes de conducirla al hotel. Ella aceptó con un “ha” impetuoso, como le había escuchado decir a varios desde que arribara al subcontinente, y hacia allá se dirigieron. Oteaba el horizonte con angustia y fervor. Desde la lejanía vislumbró un incendio de esplendor llameante.

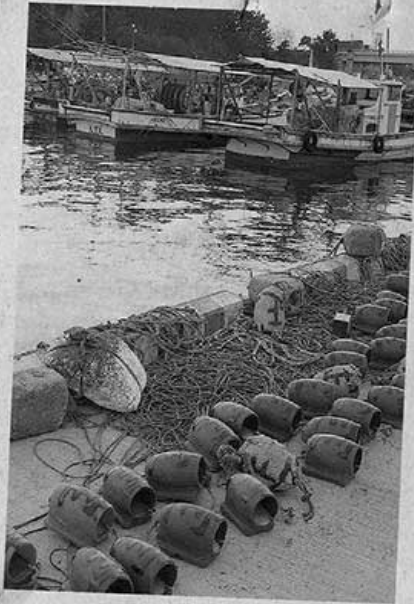
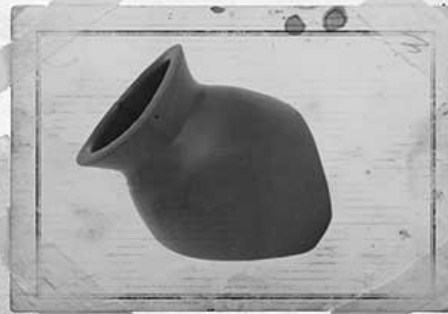
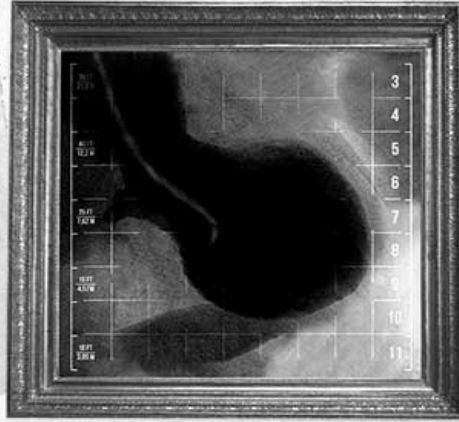
En la orilla opuesta del río, reconoció el palacio de sus sueños más sublime que como lo había visto en las postales y los libros. El cielo del ocaso se reflejaba en las superficies de mármol y les confería un fulgor dorado que las aguas del río con sus ondulaciones hacían llamear en una crepitación tenue. Comenzó a llorar con un llanto silencioso que le quemaba las mejillas. Es que el llanto es también otro lenguaje del corazón. Su corazón desbordado, su corazón hoguera, su corazón lámpara de los deseos por fin colmado.

Síndrome de takotsubo

También se le conoce como enfermedad del corazón roto. El término takotsubo se refiere a una vasija de barro que desde antaño utilizaban los pescadores japoneses para atrapar pulpos. En medicina se usa para referirse a un síndrome que consiste en el debilitamiento de los músculos del corazón, razón por la cual el ventrículo deja de contraerse, de forma que la imagen de esta cámara se asemeja a la trampa para pulpos. Su aparición está asociada a fuertes momentos de estrés

emocional: duelo, ira, miedo pero también desmedida felicidad. Al parecer por una descarga excesiva de adrenalina.

Similitud
entre la imagen
telesistólica
de un ventrículo
izquierdo
debilitado y la
vasija utilizada
en el Japón para
atrapar pulpos
llamada takotsubo.



Murex, Pl XXXIV.

XXXIV.

Fuente: http://www.lespanol.com/ciencia/salud/20160302/106489682_0.html

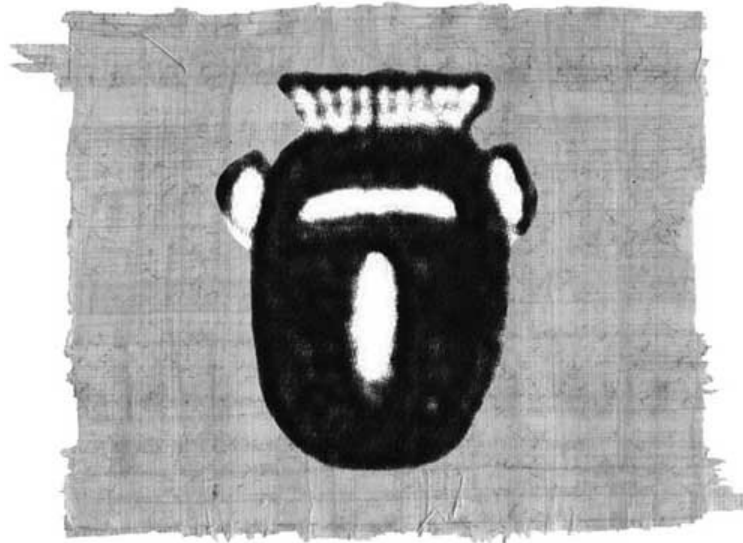
Sandra regresó una y otra vez al Taj Mahal durante los días que permaneció en Agra. Desde el amanecer hasta la noche como en un santuario que la colmaba y guarecía. Llevaba consigo la máscara de la Desconocida en la mochila que cargaba a la espalda, pero no fue necesario ponérsela o sacarla. Otros podrían visitar el observatorio monumental de Jaipur y reflexionar sobre las migraciones de los astros y de las anguilas; otros merodear en Fatehpur Sikri y dialogar con los fantasmas de la ciudad mogol de encajes de piedra abandonada por siglos...

Ella había preferido mantenerse en el ensueño de habitar el palacio de su deseo. Seguir a las parejas que se besaban a escondidas entre las celosías labradas de las habitaciones interiores, deambular entre los cipreses que vigilaban los jardines, contemplar las marejadas de turistas que buscaban eternizar el momento con una fotografía. De hecho, se negó varias veces a que retratistas ambulantes que cazaban al público para venderles instantáneas, le tomaran imágenes con el palacio de fondo. Pero hubo uno que la siguió y terminó por convencerla tras dos días de insistencia. En las fotografías que Sahir le llevó al hotel esa noche, Sandra descubrió su propio rostro transformado en el de la Desconocida del Sena por el gesto sutil de una íntima y carnal felicidad. Si lo reconocería ella que, entre una y otra oleada frente al palacio, percibía a la vida latir en una suerte de oración expansiva, un silencio en el que brotaba la gracia de una sonrisa como una flor que abriera sus pétalos en un estanque interior. Reconoció entonces hasta qué punto perder la alegría puede llevarnos a actos extremos. Cómo no comprender que el emperador Shah Jahan prohibiera la sonrisa entre sus súbditos a la muerte de su amada, la princesa Mumtaz Mahal, y que erigiera en su honor un palacio de fino mármol blanco, proveniente de las canteras de Rajastán; que innumerables bueyes y camellos arrastraran las carretas cargadas de jade y cristal de la China, turquesas del Tíbet, lapizlázulis de Afganistán, crisolitas del alto Egipto, ágatas de Yemen, zafiros de la isla de Ceylán, amatistas del reino de Persia, corales de las costas de Arabia, malaquitas de Rusia, cuarzos del Himalaya, diamantes de Golconda, ámbar de los mares índicos... todo ello para embellecer paredes y salas del magnífico mausoleo. Escuchar a los guías que acompañaban a los grupos de visitantes tejer en filigrana la leyenda de una historia monumental de amor: los veinte mil obreros que participaron en la construcción que se prolongó durante dos décadas, los arquitectos que concibieron sutilezas como la ubicación del magno edificio en una saliente del río Yamuna para que las tonalidades de luz de los muros de mármol espejearan el movimiento vibrátil de las aguas. También la mutilación de manos y el desprendimiento de ojos para que los constructores no pudieran repetir el prodigio.

En algún momento en que los guardias se distrajeron, colocó unos instantes la máscara de la Desconocida del Sena al pie de las tumbas del emperador y su querida Mumtaz como una ofrenda, no sin maravillarse previamente de la delicadeza del corazón amante que hizo disponer una pequeña tablilla, labrada en piedra, a manera de papel blanco sobre la de la princesa, y una caja de plumas de escribir del mismo material sobre la del emperador. Como para recordarnos que los misterios del corazón continúan escribiéndose más allá del tiempo.

Tres días duró aquel ritual de ensoñación y entrega. Y por instantes, incluso, toda la sangre

agolpada en una calidez interna como si la acariciaran por dentro, como si unas manos de pétalos finísimos sostuvieran su corazón como un capullo de flores a punto de prodigarse. En el último momento, cuando se preguntaba cómo podría abandonar el paraíso, se asomó al espejo de agua que reflejaba la magnificencia albeante del palacio. Ahí aparecía su propia imagen fundida con la del Taj Mahal como si una y otro se pertenecieran. Sonrió con una sonrisa recóndita y plena: ondas concéntricas que brotaban de sus labios y se expandían por el agua gozosa. Un dolor agudo, como si el corazón se le paralizara de pronto, le traspasó el pecho. Todavía alcanzó a escuchar el graznido de los cuervos alojados en las espigadas copas de los cipreses, firmes como centinelas. Y luego, la voz de la Desconocida del Taj Mahal que la urgía a saltar de nuevo. Esta vez hacia su propio interior.



Libro de los muertos

Los antiguos egipcios creían que cuando un hombre moría, su corazón era puesto en una balanza. En uno de los platos, el órgano asiento del alma; en el otro una pluma de avestruz, símbolo de la diosa de la justicia y la verdad, Maat. Si las acciones en vida habían sido justas, su corazón debía pesar menos que la pluma, en cuyo caso era destinado a la vida eterna con Osiris. Si, por el contrario, pesaba más que la pluma de la justicia, era condenado a ser aniquilado por el monstruoso Ammit. Pero el veleidoso corazón en ocasiones atestiguaba en contra de su dueño. Por lo que el Libro de los muertos que acompañaba al difunto incluía un conjuro para evitar esa traición: "¡Oh, corazón que me fue dado por mi madre!, ¡oh, víscera de mi corazón de mis diferentes edades! ¡No levantéis falsos testimonios contra mí en el juicio, no os opongáis a mí ante el tribunal, no demostréis hostilidad contra mí en presencia del guardián de la balanza!".

Se representaba al corazón con un jeroglífico en forma de urna o vasija.

Morir en un país lejano como la India tiene sus complicaciones. Por el pasaporte que encontraron entre las pertenencias de Sandra, las autoridades de Agra se pusieron en contacto con la embajada mexicana. Tras días sin datos para localizar a familiares o conocidos, el funcionario responsable compartió en redes sociales la foto y el nombre de Sandra con una curiosa leyenda que muy pronto se viralizó: “Un corazón roto en el Taj Mahal”. De uno a otro contacto, alguien reconoció en sus rasgos los de otra joven mujer, que en efecto resultó ser una pariente cercana. Una sobrina para ser exactos, hija del hermano mayor de Sandra, con un sorprendente parecido *déjà vu*, que hizo pensar a las amistades de Daniela, tal era el nombre de la joven, que se trataba de la misma persona. Y fue Daniela la designada por la familia para comunicar a la embajada la decisión de cremar el cuerpo y hacer llegar las cenizas y las escasas pertenencias —una máscara de cerámica, una cartera, dos mudas de ropa y un par de fotografías con el mausoleo de fondo— por valija diplomática a su ciudad de origen.

Tras varias semanas de haber salido en busca del palacio de sus sueños que la había salvado de arrojarse a las vías del Metro, Sandra retornaba ahora en una pequeña urna porque, irónicamente, su corazón simple no había resistido abandonar la plenitud.

2. Un corazón inquieto

el corazón del hombre es traicionero para
consigo mismo y engañoso por encima de todo...

Tristram Shandy

Desde que te operaron del corazón no fuiste el mismo. Te sigues llamando Horacio pero dejaste de amar a Norma y a tus dos pequeños. Te cuesta reconocerte en ese hombre que eras y contemplas tu pasado como si le hubiera ocurrido a otra persona. Te miras en el espejo del baño de este departamento adonde has tenido que mudarte desde la separación y tratas de descubrir quién es este desconocido que no siente demasiada culpa de dejar atrás a su familia, de cambiar de trabajo y hasta de vida. En realidad, sientes simpatía por este extraño que no cedió a los ruegos ni se dejó intimidar por las amenazas ni las lágrimas. Norma puso en tu contra a toda la legión de familiares, compañeros de trabajo, amistades, incluso a los enemigos, reclamándote el antiguo papel de *pater familias* y proveedor que desempeñabas de maravilla. Por supuesto te inventó una aventura con tu secretaria, y cuando no pudo probarte nada, te acusó de egocéntrico, homosexual, perverso. Nunca ha podido aceptar lo que esgrimiste como tu “verdad”: que desde la cirugía fue como si te hubieran cambiado el corazón. Que cuando despertaste era otro el que abrió los ojos contigo. Que todo aquello que antes te importaba había dejado de ser prioridad y que en cambio te surgieron deseos ocultos. “Es lo que llevo de desconocido en mí, lo que me hace ser yo...”, leíste en un libro que te reveló más que todo lo que habías aprendido en los cielos y los volúmenes científicos que acostumbrabas leer por tu profesión de astrónomo. Como esa pasión por coleccionar corazones de todo tipo que antes nunca se te hubiera ocurrido: de hojalata, bronce, vidrio, cerámica, en cuadros, ilustraciones, esculturas.

Veleidades históricas del corazón

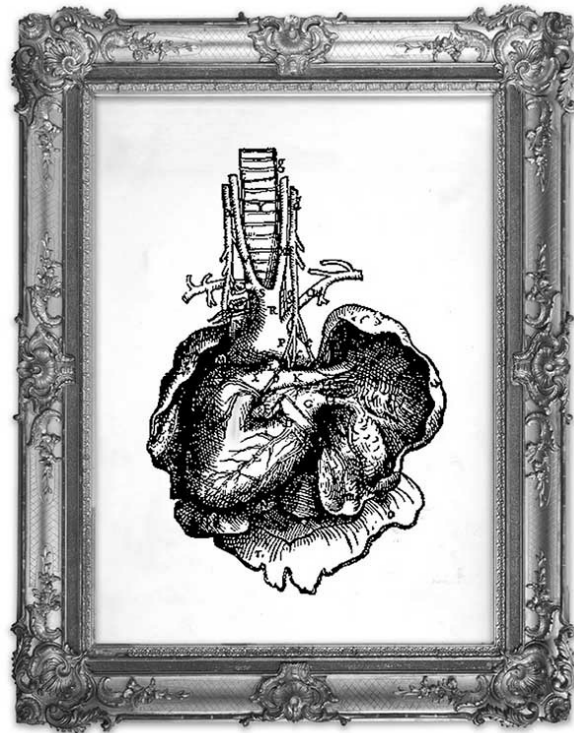
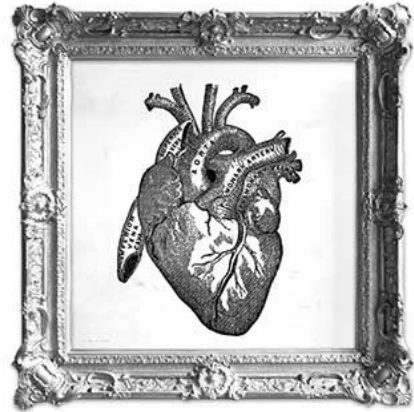
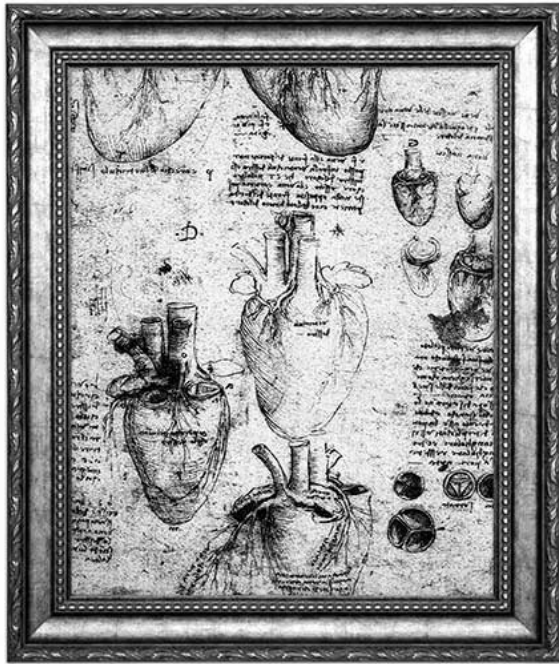
El corazón y la sangre siempre han tenido un fondo de misterio, provocando así la imaginación no sólo de poetas, sino también de filósofos, médicos y profanos. Sólo hasta el siglo II a.C. pudo Galeno demostrar que los vasos sanguíneos llevaban sangre y no aire. En la batalla que por importancia sostenían el cerebro y nuestro paladín, Aristóteles inclinó la balanza con un argumento equívoco: “los animales invertebrados no tienen cerebro, pero todos los animales tienen corazón”. Se cuenta la leyenda de Erasítrato de Ceos para vincular los latidos del corazón con el motor que mueve al sol y al resto de estrellas: llamado al lecho del

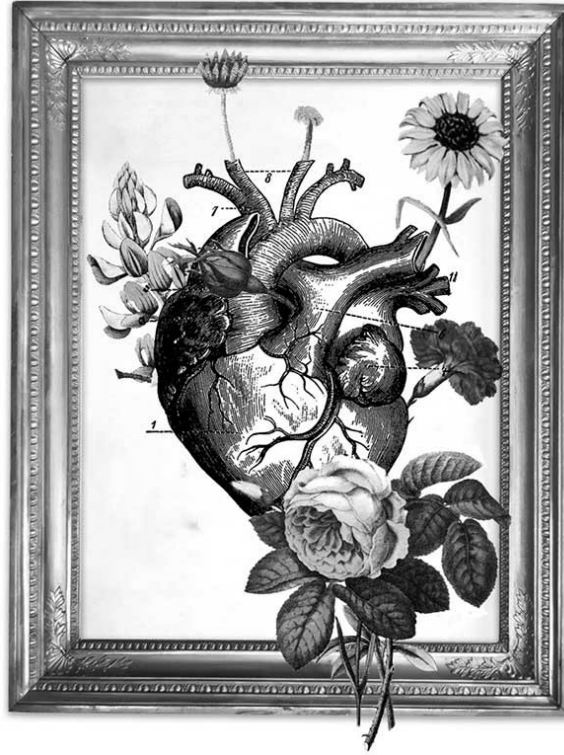
príncipe sirio Antíoco por órdenes de su padre, el rey Seleuco, observó que el pulso débil del enfermo se aceleraba cuando su joven y bella madrastra Estratónice irrumpía en la habitación. Dedujo el médico así consecuencias catastróficas del ritmo cardiaco: delataba también las pulsaciones del amor.

Debemos al autor de la afamada *De Humani Corporis Fabrica* (1543), Andreas Vesalius, lo mismo que al renacentista Leonardo Da Vinci, los más fieles grabados del tema puesto que disectaban cadáveres humanos, aunque en su época estuviera todavía prohibido. Un poco más tarde, Ambroise Paré describe las válvulas cardiacas y los movimientos de sístole y diástole. En su *De motu cordis* (1628), William Harvey describe por primera vez la circulación sanguínea. Antes de él se creía que las arterias tenían pulso propio. Define que el corazón es el motor que impulsa la sangre a través del cuerpo. No se comenta, sin embargo, que se apoyó en las autopsias de los cuerpos de su padre y su hermana para lograrlo. En 1711, Stephen Hales lleva a cabo el primer cateterismo. Agnus Walter registra evidencia de actividad eléctrica en el corazón en 1887, lo cual será la base del actual electrocardiograma. El médico alemán Ludwig Rehn realiza la primera cirugía del corazón en 1899: sutura una herida en el ventrículo derecho sin complicaciones posteriores. Sin embargo, no será sino hasta 1967 que Christiaan Barnard efectúe el primer trasplante de corazón exitoso, usando el órgano de una persona fallecida horas antes en un accidente automovilístico. No obstante, el paciente con el nuevo corazón fallece días después por una neumonía.

Fue hasta el año de 1988 que, en el Centro Médico la Raza de la Ciudad de México, el doctor Rubén Argüero trasplantó el corazón de 21 años de Eloísa Pacheco, quien presentaba muerte cerebral por un tumor intratable, al paciente Fernando Tafoya Chávez, de 45 años, quien sobrevivió año y medio a la intervención pero a la postre murió de una infección estomacal.

¿Cuántas historias fabulosas no se han escrito desde entonces a propósito de un personaje a quien le trasplantan el corazón de un amante o de un asesino, y los cambios que esa persona registra en su vida con el nuevo órgano latándole desconocida y misteriosamente en el pecho?





Fuentes: DÉBORAH HOLTZ, *De todo corazón*, Trilce Ediciones, 2009 y Gaceta Digital UNAM del 27 de junio de 2016.

Imágenes: Wellcome Collection, Google Images y Amalia Ángeles.

Y te descubriste una vocación de anatomista irredento, ávido por los grabados renacentistas y el funcionamiento del sistema circulatorio que por poco te lleva a matricularte en la carrera de medicina si no fuera porque sus métodos modernos poco conservan de la magia antigua y la veneración a la prodigiosa fábrica del cuerpo humano, concebida como ese templo de la sabiduría que sólo la divinidad fue capaz de crear con suma perfección. Claro que también estaba el hecho de que ya no eras tan joven para reemprender de manera formal una nueva carrera, y en cambio podías indagar esos territorios ahora codiciados con la liberalidad de tu propio azar e intuición. Tus propias y nuevas palpitaciones, corazonadas que les dicen. Curiosa palabra, piensas. Corazonadas, disectas. Y sin saber muy bien por qué, concluyes: Corazo-*Todo*.

Por Agustín de Hipona te enteraste del *Cor inquietum*, el corazón inquieto, que siempre está en busca de algo más y que se esfuerza por conocer las causas de su desasosiego. Antes ni siquiera se te hubiera ocurrido que tu corazón fuera así. Tus familiares y tus amigos siempre te vieron como un ser sedentario en gustos y apetencias. Un hombre tranquilo que podía contemplar las estrellas y las constelaciones durante horas, como si el mundo y las bajas pasiones no existieran. De hecho, cuando ese loco amor de la universidad que fue Bárbara decidió romper contigo, te dijo que lo hacía porque eras demasiado predecible. A ella, que era una marea cambiante y vital, terminaste por hartarla. De nada sirvió que la amaras, que para ti ella fuera ese torbellino de

locura y juego que te llevaba al borde de ti mismo. (Aún hoy, recordarla abriéndose la falda para que en el Metro o en cualquier autobús le metieras mano por debajo del morral con el que disimulaba sus intenciones a la mirada de los otros, vuelve a excitarte al punto de que tu miembro se hincha y punza casi con dolor.)

Cor inquietum

En el centro de sus Confesiones, San Agustín habla del corazón inquieto, Cor inquietum, que anhela alcanzar sosiego en Dios pues sabe que no tendrá tranquilidad verdadera hasta encontrarse cara a cara con el creador. Dice Agustín: "Aquí está, Señor, mi corazón inquieto, del que te has apiadado cuando yo ya me hallaba en lo profundo del abismo. Que te diga ahora este corazón mío qué buscaba allí para que yo fuera malvado gratuitamente y no hubiera ninguna causa para mi maldad más que la maldad misma. Era desagradable y la amé. Amé la perdición, amé mi defecto. Torpe alma mía, que salías de tu casa yendo a la perdición".

Fuente: OLE MARTIN HØYSTAD, Historia del corazón desde la antigüedad hasta hoy, Ediciones Lengua de Trapo, 2007.



De algún modo fue una suerte que a los pocos años conocieras a Norma, una abogada jurista con una vida tan ordenada como la tuya, a quien no podía molestarla que tus horarios y rutinas fueran inquebrantablemente los mismos cada día. Ni la llegada de los hijos cambió demasiado tus actividades de la casa al observatorio y del observatorio a tu casa. Antes, más bien, tuvo ella que abandonar el despacho de abogados los primeros años para dedicarse a la crianza de los cachorros, como les decías.

Los cachorros nacieron gemelos. Entonces aquello te intrigó del mismo modo que se contempla a una pareja de golondrinas construir un nido, o a las hormigas llevar a costas un cargamento cincuenta veces mayor a su propio peso. Extrañamiento. Como quedarse hechizado bajo el dominio de una sombra: a-sombrado. Cierto que en la bóveda del cielo solías recordarlos cuando te topabas con la constelación de los mellizos Cástor y Pólux, y te preguntabas si como en el mito uno de ellos sería más fuerte que el otro o incluso invulnerable. Norma no aceptó que los bautizaras así, pero tú contigo y con ellos, les decías: Cástor y Pólux. Y para no inclinar tendenciosamente la balanza sobre su destino, solías alternarles el nombre de tiempo en tiempo. Pero lo de pensar que compartían un corazón vino después de tu cirugía. Por eso te explicas ahora que tuvieran un lenguaje cifrado que nadie salvo ellos entendía, que de hecho, a veces ni siquiera fueran necesarias las palabras para saber lo que pensaba o sentía el otro, el mismo.

Dije que desde tu operación habías dejado de amarlos. He sido imprecisa. Antes los querías con ese amor extraño del varón por su descendencia: con curiosidad y lejanía. Nada que ver con el amor-entraña de la madre, esa que puede padecer el sufrimiento de un vástago como si fuera su propio dolor. (Lo intuiste cuando Norma se acongojó y sintió escalofríos sólo de saber que los gemelos, nacidos de ocho meses, necesitarían permanecer en la incubadora pues todavía no habían aprendido a regular su propia temperatura. Si la transubstanciación existe entre los seres humanos, tiene un momento visible en la maternidad intra y extrauterina. En realidad tú nunca has sentido una experiencia semejante por otro, ni siquiera en la pasión amorosa, bueno, hasta ahora.)

El corazón de Shelley

Luego de varios días dieron con mi cadáver. Byron se quedó totalmente desconcertado al ver mis restos: "Parecen más la carroña de un cordero que el espíritu volátil de Ariel". Fui incinerado y, dice la leyenda, mi corazón, de talla extraordinaria, fue lo último en consumirse.

Fuente: HERNÁN LARA ZAVALA, "Percy B. Shelley", Frankenstein: El nacimiento del monstruo, UNAM, 2016.

Y contemplas a los cachorros como constelaciones de un cielo que te maravilla pero ya no te

conmueve ni corresponde. Como si fueran los hijos de otro —y por eso mismo, puedes observarlos y permitirles una vida ajena y propia, de alguna manera confiando en que tarde o temprano encontrarán su camino como ahora tú, que sientes que el sendero atraviesa por un bosque interior, donde la única brújula viene entre los latidos y los silencios de tu corazón. Un saber espeso y profundo que te orienta a golpes de incertidumbre.

Norma y los otros se sorprenden. Pero se sorprenderían aún más si supieran que en tu pecho anidaban las semillas de lo que vendría después. Que sólo hacía falta que tu corazón despertara de nuevo. Si esto sucedió en el preciso momento en que la cirujana escudriñó tu órgano vital y lo tocó con sus manos, es una circunstancia que en realidad carece de importancia. Lo cierto es que sucedió. Porque, por ejemplo, quién iba a decir que cuando te inclinaste muy joven por la astronomía estabas siendo fiel a un mandato desconocido. Y que en las constelaciones se escribía una enramada de deseos tan semejante a los finos corales de tu laberinto arterial. Por eso has tenido que indagar, que seguirle la pista a las fulguraciones que aquí y allá envían señales de una red de coincidencias y sentidos. Como esa que tiene que ver entre el deseo y los astros. Así descubriste que en un principio, cuando las palabras guardaban una relación cercana con las cosas, el verbo “desear” tuvo su origen en un término de la lengua de los augures: *desiderare*, derivado del latín *sidus, sideris*: astro (de donde viene precisamente “sideral”). Así, mientras *considerare* tenía que ver con contemplar o examinar un astro, *desiderare* se empleaba para lamentar su ausencia: echar de menos la presencia de un astro favorable en nuestro firmamento. Como pudiste darte cuenta, en ese remoto origen el deseo tenía los ojos puestos en algo muy alto y muy lejano: inaccesible. Nada que ver con la dimensión erótica y terrenal que llegaría a tener después para el mundo en general, pero ahora muy especialmente para ti.

Entonces “escogiste” tu carrera sin saber lo mucho que tenía que ver contigo, sin imaginar hasta qué punto las enramadas estelares podían reflejar las sinuosidades y fases de tu astro interior. Si la Luna veleidosa ha sido cantada pero también desdeñada por los poetas, si Julieta le ruega a Romeo que no jure su amor por la Luna inconstante y mudable... Pero no es la única cambiante. ¿Acaso en tus primeras clases no te enteraste de que Galileo vio con un primitivo telescopio que la esplendente Venus presentaba también fases como la Luna?

Desde Shakespeare sabemos que de lo que se trata es del corazón, porque muestra lo que llevan las personas por dentro. Pero habría que añadir: lo que llevan las personas por dentro incluso sin saberlo. Curioso que buscaras en el lejano horizonte lo que sólo muy cerca y dentro podía revelársete.

El secreto

Algunos han buscado los misterios en el firmamento y en las entrañas de las aves... Muy pocos han sabido que se trata más bien de la propia sombra y de ese lugar secreto donde yace el corazón.

Si en algún momento de la vida uno tiene que dejar de ser quien es para convertirse en quien quiere ser, ese fue el tuyo. Que te compraras un Alfa Romeo color rojo prácticamente al salir del hospital, que viajaras a Damasco apenas pudiste subirte a un avión, que tengas ahora por mujer a una joven a la que le doblas la edad fueron sólo titubeos y ensayos de alguien que empezaba a caminar con nuevas piernas por el mundo. Un comenzar a moverte adentro del sarcófago que había sido tu vida. Porque estabas muerto. O por lo menos, tu instinto y tus pasiones verdaderas estaban hibernando.

Sabes que no he sido descuidada al usar la palabra “sarcófago” para describir el estado anterior de tu vida. ¿Acaso no te fascinó el significado de *sarcophagus* (del latín *sarcos*: carne; *phagos*: comer) cuando te lo topaste en un libro sobre las costumbres funerarias de los antiguos: devorador de cadáveres? En realidad, la mayoría vivimos nuestras vidas dejándonos devorar por la muerte. En tu caso, ese sarcófago resultó ser una crisálida porque, por así decirlo, sólo moriste para renacer.

La cardióloga diría después que se trató de una calcificación en la válvula mitral, producto de una fiebre reumática mal tratada en tu infancia, que hubo que remover y sustituir por otra de metal. Antes tu corazón no dio señales de ningún percance. Pero un día... regresaban tú y tu familia de un viaje en carretera por horas y, al bajarte del coche, intentaste cargar una maleta. Entonces todo se precipitó, un fragmento de la válvula petrificada se desprendió provocándote una embolia. Hubo que internarte de emergencia a ti que nunca habías pisado un hospital más que para visitar a tus padres, a Norma, a los pequeños Cástor y Pólux, a algunos amigos accidentados. Para tu fortuna la embolia no dejó secuelas, pero entonces los médicos descubrieron la válvula calcificada y entraron en acción. Literalmente no te cambiaron el corazón, no se trató de un trasplante, y sin embargo, al recuperar la conciencia, al abrir los ojos y reconocer a Norma y a sus hermanas que se turnaban para cuidarte, al salir del hospital días después y volver a tu casa y acostarte en tu cama de siempre, ya no eras el mismo.

Habías comenzado a moverte fuera del sarcófago que había sido tu vida. Pero habría que precisar: un sarcófago en la mayoría de los casos en que el corazón permanece esclavo, una crisálida cuando despierta. Los cristianos como San Agustín son despertados por Dios, un poeta como Dante por el amor que lo guía hasta la divinidad, pero tú, un agnóstico consumado, ¿por quién habrías de despertar?

La voz del corazón se escucha en el silencio. La voz del corazón se escucha no en las pulsaciones, sino, precisamente, en *sus* silencios.



Corazón laberinto

Encontrar la imagen de mi corazón
En las sombras o aquí.
HÖLDERLIN

No hay nada más intrincado que el corazón de un hombre. Esta convicción ha llevado a varios pensadores a comparar el corazón humano con un laberinto.

Todo mundo sabe que los laberintos han existido desde la antigüedad más remota. Ahí está, por ejemplo, el famoso laberinto de Creta donde vivió el Minotauro. Muchos creen que la bestia de rasgos humanos se hallaba ahí aprisionada en contra de su voluntad. Nada más erróneo: según el más avezado de sus cronistas, el laberinto poseía, entre otras maravillas, jardines y hermosas áreas dedicadas al disfrute de los sentidos pues su inventor sabía un secreto clave en la construcción de laberintos. “No hay laberinto más perfecto que aquel del que no se desea salir”, nos revela André Gide en las páginas iniciales de su Teseo.

Fuente: ANA CLAVEL, El dibujante de sombras, Alfaguara, 2009. Imagen: Laberinto Troy Town, Dorset, antes de ser destruido en 1730.

Revisas uno de tus cuadernos de notas. Junto a los apuntes del fenómeno astronómico que por entonces estudiabas —la estrella de Barnard, una enana roja fulgurante con mayor movimiento aparente vista desde la Tierra—, descubres una cita del filósofo que por entonces leías. Para otros

puede parecer un galimatías pero a ti te encantaba que en una forma tan rigurosa pudiera hablar así de ese asunto que ha desvelado a los seres humanos desde que decidieron adoptar un dios por padre omnipotente: su existencia o inexistencia como un absurdo para el razonamiento lógico. Haces a un lado tus observaciones astronómicas en torno a la estrella de Barnard, que antes te había obsesionado al punto de que la convertiste en tema de un estudio que publicaste en *The Astronomical Journal* y te valió comentarios favorables de la Space Interferometry Mission de la NASA, y en cambio lees la minuciosa nota al margen:

Llamemos a eso desconocido Dios. Esto que le damos es sólo un nombre. Querer probar que eso desconocido (Dios) existe, apenas se le ocurre a la razón. Si Dios no existe, entonces es imposible demostrarlo, pero si existe, entonces es una locura querer demostrarlo, pues en el momento en que comienzo la demostración, lo he supuesto no como algo dudoso —eso es lo que una suposición no puede ser, ya que es suposición—, sino como algo establecido, porque en caso contrario no hubiera comenzado, ya que se entiende fácilmente que todo esto se haría imposible si Dios no existiera. Si pienso, en cambio, que con la expresión «demostrar la existencia de Dios» quiero demostrar que lo desconocido que existe es Dios, entonces me expreso de una manera poco afortunada, pues con ello no demuestro nada y mucho menos una existencia, sino que desarrollo una determinación conceptual.

KIERKEGAARD

El apunte está, curiosamente, escrito en tinta roja —¿un hilo de sangre desde tu corazón ciego pero avizor?—, con esa caligrafía ordenada que tenías antes. Pero su contenido sigue pareciéndote rotundo. En tu vida pasada nunca te fue preciso probarte si un dios regía el movimiento de los astros. Ahí estaban la constelación refulgente de Andrómeda o la impresionante nebulosa Hélix Nébula, el misterio de los Agujeros Negros y los Universos Sombra como realidades incontestables...

Pero desde que encontraste a Daniela, esa joven que comparte tu lecho y que te recuerda a la antigua Bárbara con su voluptuosidad a flor de piel, que te ha hecho descubrir la carnalidad del deseo como nunca antes la habías vislumbrado, te preguntas cómo su corazón desenfrenado es capaz de hacerte percibir esa dimensión abismal en la que te fundes cada vez que la posees. ¿O es ella la que te posee a ti, la que hace retumbar con marejadas espasmódicas hasta el último rincón de tu ser, arrojándote moribundo y recién nacido a esta orilla?

El hecho de que sea bailarina, de que habite su cuerpo como una casa propia, que sea capaz de adentrarse en su interior a la vez que puede estar tan presente en la inmediatez de la piel y los sentidos —o como si su interioridad estuviera expuesta en la tensión o delicadeza de cada uno de sus miembros—, debió sin duda de ejercer una atracción sideral para el aerolito en fuga que eras tú cuando acompañaste a Mauro, tu mejor colega en el observatorio, a la titulación en danza contemporánea de una de sus hijas mayores. Entonces la descubriste entre las otras que también se titulaban en aquella función especial. La percibiste. Como si olieras, a pesar de las filas de butacas que te separaban del escenario, la sangre galopante de Daniela. Tan sólo verla cerca de ti,

cuando finalizó la función y Mauro se obstinó en que fueran a cenar los cuatro —él y su hija, tú y Daniela—, y presentiste lo que terminaría por pasar. Bastaba ver a Daniela inclinar la cabeza cuando concentraba la mirada en ti para empezar a reconocerte, o ese caminar de yegua majestuosa, inconsciente del poder que derramaba, para que la sed y el hambre se avivaran. La suspensión de todo juicio, un estado de gracia, la exaltación más allá de ti mismo. Como sumergirse en la hondonada más íntima: una sonrisa de pliegues dulces en la oscuridad.

Tienes que confesártelo: ¿acaso no has deseado, momentos antes del éxtasis, abrir su pecho para contemplar su corazón y tomarlo entre tus manos como si se tratara de un cáliz palpitante, cuya sola visión sería capaz de revelarte los secretos que ahora te son necesarios? Tu corazón se inclina para escuchar su doble misterio: el latido y su silencio. En su pecho y en el tuyo. En el borde del abismo. Y luego en la caída y la ascensión.

Corazón sexual

“El corazón, el órgano más misterioso que existe, justamente porque es el mismo para ambos sexos. Como si el corazón fuera el sexo común a los dos sexos. El sexo humano. El corazón es el sexo humano.”

HÉLÈNE CIXOUS

En realidad, tú sólo obedeces. Coleccionas corazones de todo tipo. Y cuando observas el muro donde tienes colgada una buena cantidad de ejemplares de vidrio y de hojalata, corazones brillantes y al rojo vivo, llameantes y heridos, orlados de flores y espinados, ¿no te viene acaso una nostalgia súbita como si echaras de menos el que por imposible más desearías atesorar?

Todo empieza por un fragor que te coloca fuera de sitio —¿sitiado en tu interior?—, descolocado, en-ajenado: convertido en extraño de ti mismo, desasosegado, inquieto. Es el deseo. Susurrante y a la vez ensordecedor. Por él has sabido que el cuerpo es cartografía y constelación. Ahí refulges y te colapsas en esa dimensión sin límites del orgasmo o la iluminación: el instante en que montas a Daniela y todas las galaxias se fusionan en un grito expansivo de goce y rendición. Ese instante único en que tu cuerpo es un latido, en que te conviertes, todo tú, en un corazón expandido.

Corazón serial

I

Cazaba cuerpos para coleccionar corazones. Lo apodaron “Cupido”. Otros

preferían llamarlo Casanova serial.

II

—Cuando los embalsamadores egipcios vaciaban un cadáver, ¿adivinen qué órgano reintroducían en el cuerpo antes de envolverlo en lienzos de lino aromático? —preguntó el cazador solitario a su corte de corazones en formol.

III

—De tiempos ancestrales data la prohibición Cor ne edito: “No comas el corazón”. Todo para evitar los salvajes ritos sangrientos... Yo por eso sólo los colecciono —dijo muy orondo el cazador solitario.

IV

—Por tres cosas puede reconocerse a una mujer: el rostro, el pubis, el corazón... Pero yo digo que el último es el mayor tesoro —dijo el cazador solitario mientras colocaba en la repisa su trofeo número 23.

V

Había sido un seductor fallido. Pero ahora podía decir al mirar las fotografías de aquellas mujeres des-corazonadas: “Las traigo muertas”.

VI

El cazador solitario no fue atrapado por la policía. Por una suerte de justicia poética, sólo lo paró su propio corazón: fue una simple detención.

Contemplas a Daniela dormida en tu cama, extenuada por fin con su deseo colmado. Sonríes porque aunque no la habías imaginado, de algún modo sabes que la esperabas. Como si siempre hubieras sabido que basta frotar esa lámpara mágica que guardas en tu pecho. Ahora lo reconoces: la verdadera lámpara de los deseos es tu propio corazón. Recuerdas la historia de Aladino y la lámpara maravillosa que tu madre te leía de pequeño. Una y otra vez se la hacías repetir para frotarla con tu imaginación: cuánto gozo en la repetición de una historia conocida que te permitía en cada oportunidad completar un detalle más del retablo fantaseado. Porque en ese derramarse de aventuras que se desencadenaban repetidas, surgían también nuevas posibilidades para que el placer se expandiera dirigido por tu brújula interior.

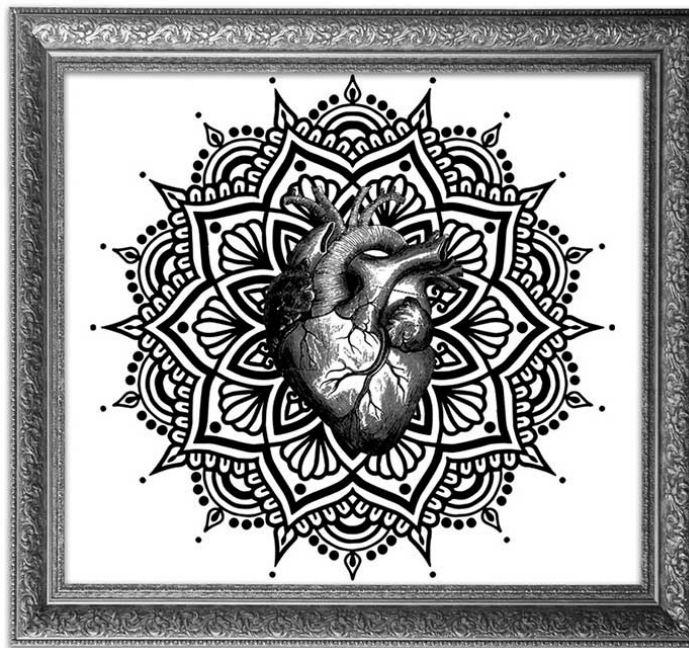
Ahora sonrías al escucharme comparar tu corazón con una brújula. ¿Acaso no te ha ido indicando la dirección de tu propio Oriente? ¿No llaman a eso los marinos, los cartógrafos, los beduinos, los astrónomos, la gente de la calle “orientarse”? Una simple aguja imantada en una vasija con agua fue suficiente para marcar los derroteros en la antigüedad, tanto como la Estrella Polar o la Cruz del Sur para los navegantes. ¿De qué imanes ha sido tu pecho, “obediente acero”,

inclinándote hacia un polo magnético no señalado en ningún mapa ni cartografía conocidos? Pero si de imágenes se trata, siempre te sedujo la Rosa de los Vientos dibujada en brújulas y mapas. No sólo por sus representaciones gráficas sino por el nombre mismo: una flor etérea como los aires —y los sueños— para indicar los invisibles puntos cardinales. Rosa de los Vientos, Estrella de los Mares, *Stella Maris*, Lucero de la Voluntad, Veleta del Deseo.

Y te imaginas que podrías tatuarte una en el pecho. Una muy especial. Pruebas recortar el grabado de un corazón y lo colocas en el interior de la imagen de una rosa de los mares. Tendrás que preguntarle a tu cardióloga si no afectará de algún modo tu recuperación. Aunque te parece que al contrario, que si pensaras en términos animistas, con un tatuaje así estarías inyectándole nueva savia y nuevo aliento a ese órgano que de manera inusitada se te revela una verdadera flor sangrante.

Corazón tan rosa

Corazón, rosa que palpita sus historias.
A veces, se deshoja.



Sin embargo, fue Daniela quien terminó por tatuarse un corazón al centro de una rosa de los mares. Encontró el diseño que hiciste en tu escritorio y, sin avisarte, el día que se mudó a vivir contigo, apareció también con el tatuaje en el pecho. Tú quisiste saber por qué. Pero ella entendió que le preguntabas por la razón de su mudanza. Asustada como una niña de brazos, rompió a llorar

arguyendo que no quería regresar a su departamento de San Pedro de los Pinos porque a un par de cuadras habían encontrado el cuerpo descuartizado de una muchacha en el interior de una maleta. Y que ahora, con los tiempos que corrían, le daba miedo lo que nunca antes: vivir sola.

Entonces optaste por guardar silencio y la acogiste en tu espacio desde hace ya varios meses: tiempo fugaz en que el deseo, lejos de menguar, ha encontrado nuevos cauces. Ahora cuando haces el amor con ella has llegado a creer que los pétalos del tatuaje laten y se desbordan en el éxtasis. ¿Con base en qué plan, qué oscura constelación sigue la propia Daniela como para obedecer y marcarte un camino oculto? Porque sin dudarle esa peculiar rosa náutica algo te estaba señalando desde su pecho.

Ectopia Cordis I

Enfermedad rara que se caracteriza por una posición del corazón fuera del tórax, asociada a otras cardiopatías. La mayoría de los pacientes muere al nacer. No fue el caso de la pequeña Virsaviya Borun, de origen ruso, quien ha llegado a la edad de nueve años con el corazón en la región abdominal, cuyo volumen y latidos pueden apreciarse a través de una fina capa de piel. El caso de Virsaviya es especial por varias razones: su malformación implicaba también intestinos fuera de lugar, carecía de parte de los músculos abdominales, no tenía diafragma ni parte de los huesos del pecho. Por lo que su ectopia cordis formaba parte de la Pentalogía de Cantrell, que implica hasta cinco vísceras fuera de lugar y afecta a un promedio de 5.5 bebés por cada millón de nacimientos. Pero en las fotos que su madre Dari sube a Instagram es posible constatar a una niña feliz, de una vitalidad y alegría tan evidentes como el pequeño bulto que palpita por debajo de su pecho, y que Virsaviya muestra sin inhibición. “Se siente orgullosa de su corazón. A veces me pregunta por qué no es como la otra gente, por qué nadie más tiene el corazón por fuera. Yo no puedo contestarle completamente esas preguntas, pero le digo que Dios la creó especial y única”, relata Dari Borun, la madre soltera de 26 años, a la cadena BBC Mundo en noviembre de 2015, desde el sur de Florida, lugar adonde han viajado en busca de un clima más propicio para la afección de la niña. No es que tengan dinero, pero Dari ha organizado varias campañas de donación para apoyar el tratamiento de su hija. Incluso desde que tenía seis meses de embarazo y los médicos le sugirieron que abortara, pues algo estaba mal con el feto, ella decidió proseguir a pesar del temor y la incertidumbre.

Ver a madre e hija en las fotografías que registran su vida en las redes sociales es una experiencia inquietante —el corazón de Virsaviya palpita enigmas en cada latido visible— pero también una aventura que tiene que ver con permitir la dicha. Entre innumerables imágenes a color, destaca un portafolio en blanco y negro,

realizado por @vnrphoto con profesionalismo y belleza. En una de esas fotos, se presentan sentadas, la pequeña entre las piernas abiertas de su madre, juguetonas, cómplices, dos ángeles que sonríen. Entre ambas conforman un cuerpo trapezoidal muy parecido a un corazón exultante de vivacidad. Un misterio gozoso.



El corazón es tan misterioso como el hombre, piensas. Crees conocerlo y entonces te sorprende con un vuelco inesperado. O de qué otro modo interpretar lo que sucedió después con Daniela. Cuando en el tatuaje que se hizo en el pecho, ese cuyos pétalos veías latir con cada tumbo y cada marejada de placer como un corazón visible, descubriste una herida que manaba como manantial, una boca que prodigaba besos cárdenos. Que esa boca se transfigurara en una ojiva esencial, un ojo ciego para atisbar otro mundo, una hechizante vulva que sonreía misterios de la sangre, fue algo que antes jamás hubieras pensado.

Ectopia cordis II

La irresistible tentación de la inocencia

Traía el corazón en la boca y lo entregaba cada vez que daba un beso. Luego se quejaba de que se lo devolvieran en pedazos.

Fuente: ANA CLAVEL, CorazoNadas,
Hormiga Iracunda, 2014.

Tal vez todo fue fruto de una confusión momentánea. El delirio de una imaginación poderosa como la tuya. Pero entonces no supiste si la herida había sido parte de una revelación en el abismo del orgasmo —esas puertas al borde del éxtasis y la muerte—, o si terminaste por usar la navaja que habías dejado en la mesa de noche. ¿Quién lo dijera? ¿Te imaginaste alguna vez como un asesino en potencia? Días antes, colocaste la navaja, la misma con la que habías hecho el diseño en papel que Daniela tomó como modelo, dejándote llevar por una tentación de aleteos sordos, casi una travesura de cascabeles en la cola. Admitir que sabías por qué sería una mentira; confesar que lo ignorabas, una verdad a medias. ¿Qué decir de esas revelaciones que se conocen de manera oscura sin saberlas del todo? ¿Presentimientos, intuiciones, corazonadas? ¿Era tu corazón el que te probaba?

Quizá habrías sabido hasta dónde era capaz de llevarte si en aquel momento no hubieran tocado a la puerta del departamento. Un timbre insistente que repitió la señal obsesiva hasta que saltaste de la cama para enfundarte en unos pantalones y caminaste con el pecho y los pies desnudos, creyendo que se trataba del citatorio para el juicio de divorcio que Norma tenía empantanado con sus negativas, pero entonces qué maravilla que seguía su curso así fuera a costa de desprenderte de Daniela y su corazón-tatuaje, o de esa fantasía de pétalos sangrantes que de súbito se había suspendido.

Pero no, nada del pleito con tu todavía esposa. Miraste el sobre con un logotipo desconocido y las siglas SRE dirigido a Daniela. Un oficio de Relaciones Exteriores para que se presentara a recoger el envío de la embajada de México en la India que los obligó a vestirse precipitadamente —sí, algo te había comentado ella sobre una tía loca, hermana menor de su padre, que se había ido a morir al otro lado del mundo— y salir en busca de una urna funeraria.

El papeleo no fue tan abrumador. Como si el personal de asuntos jurídicos de la secretaría quisiera deshacerse pronto de un inconveniente, les entregaron de manera expedita una caja de madera. Pero fue hasta el regreso al departamento que la abrieron. Con la vasija color azul lapislázuli venían también una máscara de porcelana y fotos de la mujer pariente de Daniela.

Un parecido innegable e indefinido las hermanaba, sin duda, como si una y otra fueran imágenes en el tiempo de una misma persona. Pero también había algo más. Mirada con atención, descubriste una orilla intangible, un oleaje de ecos abisales: fuera de ti, un eco de tu propia sangre.

Atisbaste el rostro de aquella desconocida, plantada frente a la construcción albeante del Taj Majal, con esa sonrisa que manaba secretos, y entonces lo supiste. Reconociste un recuerdo imposible, una desolación inesperada: su sonrisa a la vez etérea y carnal era la señal de un Paraíso que ya no te sería posible habitar.

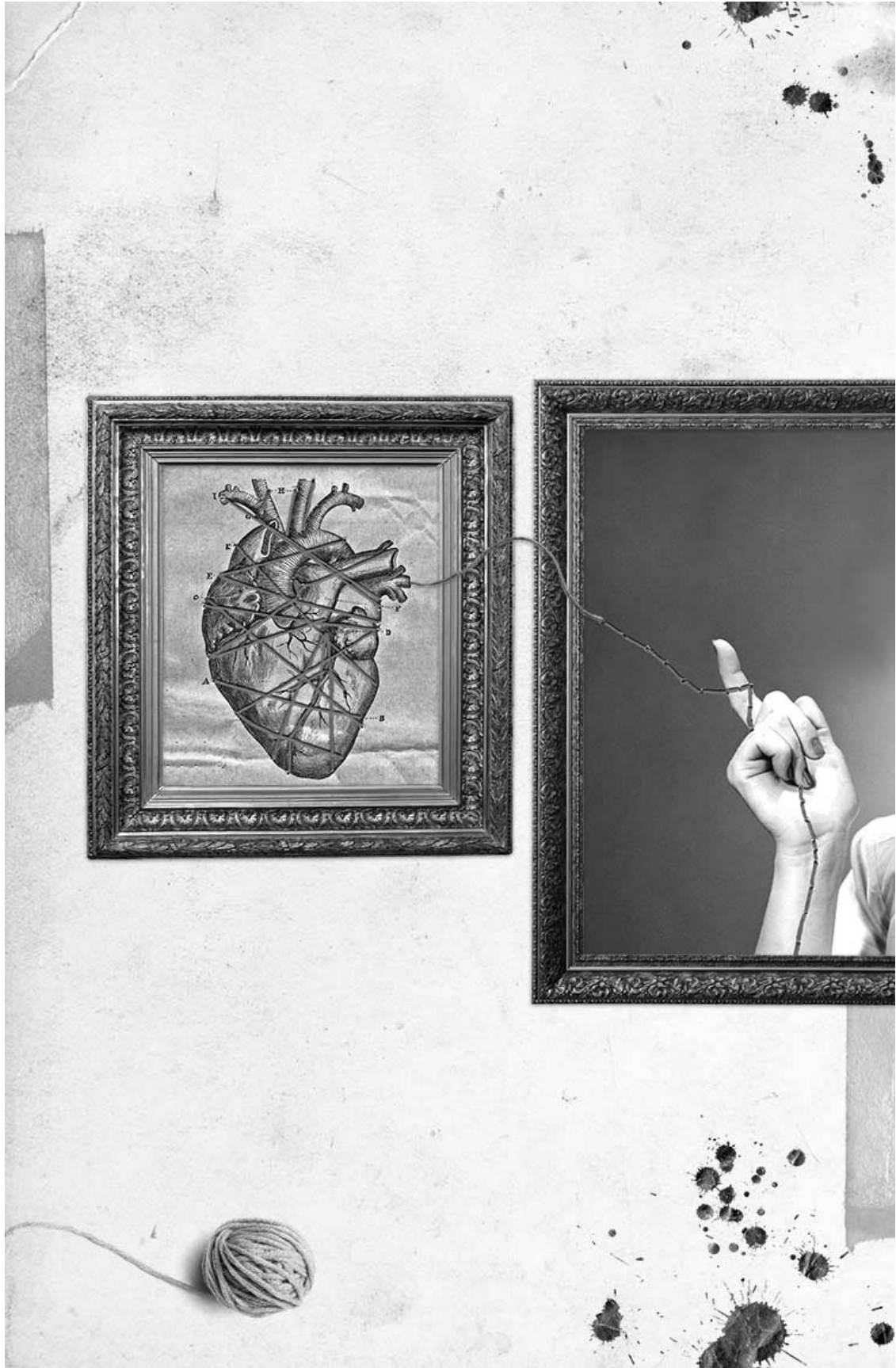
(Y saberlo ahora frente a la urna de tonos jaspeados, ¿no te hizo sospechar que un corazón atrás del corazón respira por esa herida abierta que es siempre nuestro propio corazón?)

El hilo rojo del destino

Se trata de una leyenda oriental según la cual las personas destinadas a conocerse están conectadas por un hilo rojo. Este hilo nunca desaparece y permanece invariablemente atado a sus dedos meñiques, a pesar del tiempo y la distancia. No importa lo que tarden en conocerse las personas así unidas, ni siquiera importa si viven en diferentes confines del mundo: el hilo se estirará hasta el infinito pero nunca se romperá. De acuerdo con la tradición nipona un anciano que vive en la luna sale cada noche y busca entre las almas aquellas que están predestinadas a unirse en la tierra, y cuando las encuentra las ata con un hilo rojo para que no se pierdan.

La leyenda está tan arraigada en China y Japón que millones de personas llevan atado un hilo rojo como señal de reconocimiento. Se dice que la leyenda se popularizó en el siglo XX al conocerse que la arteria ulnar conecta el dedo meñique con el corazón. "La delgada vena que va del corazón a la mano se extiende por el mundo invisible para terminar su curso en el corazón de alguna otra persona. Pero a diferencia de otras supersticiones amorosas, la japonesa no se limita a la pareja, ni a una sola persona a la que estemos destinados a encontrar. Habla de una suerte de ramificación arterial que surge de un dedo hacia todos aquellos con los que haremos historia y todos aquellos a los que ayudaremos de una manera u otra. Para la imaginación ontológica, el mito del hilo rojo es una manera de entender nuestro itinerario de encuentros como una trama predeterminada donde las relaciones de pareja, los roces íntimos y todas las pequeñas historias que enlazamos con otros no son triunfos ni accidentes del azar sino parte de un tapiz escarlata cuyos hilos nos fueron dados al nacer pero nosotros tejemos".

Fuente: Portal Cultura Inquieta.



Lo sabía Pascal aunque lo dijo de otro modo:
La razón tiene sinrazones que
el corazón padece.

Segunda parte

3. Un corazón fuerte

Que no te oiga que lates tan fuerte.
¡Ay!, corazón, más vale así,
nomás no te sobresaltes,
que si me fallas, pos ya perdí.

CHUCHO MONGE

Que la desmiembren a una, que le corten la cabeza, que la pongan en una maleta y la abandonen en los andenes de una estación del Metro... pasa. Pero que además le quiten el corazón condenándola a penar como alma sin rumbo, eso sí está de la chingada. Ni modo de preguntar a vivos y muertos: “Oiga, ¿no tiene por ahí un corazón que le sobre?”. Así comienza el peregrinar de una historia. Esta historia.

Llámenme Coyolxauhqui-reloaded por aquello del desmembramiento; llámenme Mujer de Hojalata-descuajada por aquello otro del personaje del Mago de Oz al que partieron por la mitad y se le escapó el corazón; búrlense todo lo que quieran o compadézcanme. Da igual. Si eso pudiera ayudarme a recuperar lo que tenía. Condenada a vagar como alma en pena en esta ciudad, la más opaca y a veces, algunas veces, la más transparente del aire —aunque ahora también podría afirmar con un dejo de esa locura que me permite mi condición actual, la región más trans/pirada del aire—. Sé que de nada sirve lamentarse, salvo porque termina por dar sosiego. Una historia triste deja de serlo un poco si al menos puede ser contada, y termina por rescatarnos de la desolación. Es como si Scherezada viviera en nuestra mente y para sobrevivir a la noche, nos alentara a contarnos una historia, nuestra historia: acomodarla, recortarla, pegarla, ajustarla una y otra vez. El “Síndrome de Scherezada” le llamaba una de mis maestras de la universidad. Según ella, más que humanos por las palabras, somos humanos por nuestra necesidad de contarnos historias. Nuestra necesidad de encontrarle sentido al sinsentido de la vida a través de un relato.

(Sí, te contaremos una historia, tu cuento de “tenga para que se entretenga”. Cómo no, si en este reino somos más los muertos que los vivos: Mictlán a ras del suelo. Descorazonados unos por la metáfora y otros por la realidad. Haremos poesía del pedernal, adagios de la navaja, oda del cuchillo cebollero.)

Nueva noche bocarriba

Creyó

que era un
sol rojo que goteaba
cuando el sicario sacó algo de
su pecho sacrificial y lo elevó a las alturas.

Y todo por error. Cómo iba yo a saber lo que me deparaba esa mañana luminosa y fría de diciembre. Cómo imaginar que el acto inusitado de generosidad de una viajera del Metro derivaría en mi perdición. Mi total y completa desaparición.

Que nos parecíamos no cabía duda: por eso debió de escogermé. No iguales pero a golpe de vista compartíamos lo esencial: color de cabello, compleción y estatura semejantes. Y las dos usábamos chamarra de mezcililla. Recuerdo que caminé por el vagón hasta pararse enfrente de mí. Me llamó la atención ese aire de inquietud con el que iba buscando a uno y otro lado, como si se le hubiera perdido algo. Como todavía estábamos de vacaciones de invierno en la facultad, yo quería aprovechar para hacer unos trámites en Naucalpan, donde antes vivía, así que me dirigí al Metro Panteones para de ahí tomar una pesera y seguir mi camino. A media mañana el Metro suele estar más tranquilo, por lo que desde mi lugar en un extremo del vagón avizoré sin dificultad a Priscila, aunque en aquel momento no supiera su nombre, o que así la llamaban quienes la andaban persiguiendo. Cuando se plantó frente a mí y me extendió su bolso rojo, no supe cómo reaccionar. Atontada por la sorpresa, le escuché decir: “Te lo regalo. Está nuevo, acabo de comprarlo”, al tiempo que lo colocaba sobre mis piernas y se apresuraba a cruzar el umbral hacia el andén porque ya se activaba la señal del cierre de puertas y la miré perderse entre la gente que caminaba hacia la salida. No sé si reconocería su rostro si volviera a encontrármela.

Como jirones de recuerdo, vuelven a revelármeme su figura oscilante en el vagón, su mirada afiebrada, la chamarra de mezcililla con las mangas dobladas de tal modo que al tenderme la bolsa roja de charol me permitió ver un tatuaje en su antebrazo izquierdo con el mensaje “Soy tu peor pesadilla” en el interior de un corazón delineado en azul. Instintivamente me llevé la mano al cuello donde yo misma tenía tatuada una rosa en forma de botón.

El corazón entre los aztecas

“La partícula yol, en náhuatl, significa corazón. Los aztecas la incluían en palabras que describían estados de ánimo, sensaciones relacionadas con esa parte del cuerpo. Moyolchicahua significa alegrarse, alentarse, y moyolmictiá lo opuesto: sentir tristeza. En estos dos vocablos se resume la vivencia, contradictoria, para sacrificadores y sacrificados, en un culto sanguinario ofrendado a Huitzilopochtli.”

Fuente: De todo corazón, Trilce Ediciones, 2009.

Iba a preguntarle por qué, o al menos darle las gracias, sólo que en dos pasos Priscila salió del vagón y las puertas se cerraron. No me quedó más remedio que mirar la bolsa roja sobre mis piernas como un regalo que no había pedido; extrañada, sí, pero también con una sonrisa por ese gesto imprevisto de generosidad que me puso de buen humor, contenta porque creí entender que la vida me mandaba un mensaje de buenaventura como galletita china de la suerte: “Hoy recibirá la recompensa a todos sus esfuerzos”. Así que tomé el bolso y me lo colgué del hombro al bajar en la siguiente estación. Pude meter ahí el libro que llevaba en la mano, con los papeles doblados para los trámites, descargar el contenido de los bolsillos de la chamarra: las monedas, la tarjeta del Metro, las llaves de la casa. Pero ni siquiera se me ocurrió abrirlo. Me sentía feliz con ese amuleto de la fortuna tan cercano al golpe de mi corazón. Ignoraba que al salir del Metro era para entonces yo la perseguida.

Destino

Al que nace
con corazón
de martirio
del cielo
le caen
las
es
pi
n
a
s
.

“¿Priscila?”, me dijo el hombre a mis espaldas. No caminaba nadie más en ese tramo de la calle, así que me volví curiosa. El hombre se me abalanzó como si me abrazara. Ante mi extrañamiento, con el abrazo me colocó una punta en el cuello. Dijo por lo bajo: “Si gritas, te lo clavo...”.

Después todo fue vértigo y caída. Más jirones y trozos: una camioneta, el olor a creolina de la alfombra, un deshuesadero de autos, un caldero burbujeante hasta la asfixia por más que les dijera que yo no era Priscila sino Casandra. La confusión y a retazos de piel y memoria desollada: atisbar el juego cruel de la suplantación, entender entre el aturdimiento y el horror que la vida no sólo no es muy seria en sus cosas, sino que la vida se divierte a nuestras costillas. El regalo de

una bolsa roja de una desconocida en el Metro como una señal para la muerte propiciatoria: un “mírenla, aquí les ofrezco su corderito expiatorio”.

No supe en qué momento surgió el cuchillo cebollero. Seguro para entonces ya estaba muerta. No sé cuánto tiempo me perdí en la inconsciencia. Después desperté a punta de tropezones, contenida en un vientre oscuro que se movía de forma irregular. Después he visto los videos del hombre que me acarrea en una maleta por las calles cercanas al Metro San Antonio hasta abandonarme en un andén subterráneo. Después he leído los encabezados de los periódicos que anunciaron la noticia:

EL CRIMEN VIAJA EN METRO

TRASLADO DEL MACABRO MALETERO.

EL SUJETO QUE ABANDONÓ EL CUERPO DECAPITADO DE UNA MUJER EN LA ESTACIÓN SAN ANTONIO TUVO PROBLEMAS EN SU RECORRIDO.

VIDEOVIGILANCIA CAPTA LOS PASOS DEL HOMBRE.

Luego, con todo lo que he ido conociendo después, todas las bromas postreras y todos los escarnios posibles, todo el humor de hollín negro que circula por estas calles defectuosas, posterior a todas las tragedias siempre irresueltas, pero también esta ventaja de ser invisible y descarnada como sueño premonitorio, mejor me hubiera venido una incorrección ilógica pero no menos verdadera para describir mi estado. No un encabezado sino, para estar más a tono, un certero descabezado, una paradoja de galleta de la muerte, una contradicción muerde-la-cola, un oxímoron de agua y aceite, que hubiera hecho las delicias de mis maestros de análisis de textos literarios. Un tajo limpio y certero como epitafio imposible para una maleta abandonada en los andenes del inframundo: “Pierde la vida y no muere”.

(¡Ay, muchacha, acongójame tus desmembrados despojos, tu vida despedazada! ¿Es así el destino de las mujeres de tu época? ¿Sigue la barbarie ensañándose en la inocencia? ¡Un raudal de lágrimas baña mis mejillas con sus húmedas fuentes! ¡Infelices hazañas son éstas! Reinando con sólo la ley del más fiero, muestra el Crimen su soberbio poder a los antiguos dioses.)

No es ningún absurdo. Cuántos no caminan por la vida en calidad de difuntos. Con el hambre esculpida en los huesos como una máscara de calavera por rostro y la desolación que los sitúa en una narcolepsia permanente. Basta detenerse en la barra de alta tensión del Metro, o treparse en el reloj que flota en lo alto de la bóveda de la estación —ventajas de desprenderse del cuerpo y volverse etérea—, para reconocer a las huestes terrenales, sus trabajos y sus días, sus alegrías raquíticas y su desesperación creciente, lo poco que les falta para transitar por la ruta del averno.

Ectopia Cordis tipo IV: Coyolxauhqui-reloaded



Hace no mucho, cuando empecé la universidad y me mudé a vivir por los rumbos de Río Churubusco, las cosas eran muy diferentes. Descubría la ciudad sin límites, extendida como un manto hasta las montañas y el horizonte. Disfrutaba de su centro histórico poblado de ruidos del presente y ecos del pasado.

No me costaba demasiado imaginar la ciudad lacustre de los primeros tiempos de la Colonia, las acequias con su fluir de trajineras que abastecían de verduras, legumbres y flores a la capital. Situada ante la calle pavimentada de Roldán, a los pies de la Santísima, podía entrecerrar los ojos y transformar el asfalto que la recorría de un lado a otro en un canal de aguas verdosas que se perdía entre los ahuejotes, pirules, chopos y fresnos que crecían a su vera, camino rumbo a los vergeles y chinampas de Mixquic y Xochimilco.

Corazón insomne

Soñé con un lugar maravilloso donde la gente dormía toda su vida y sólo se despertaba para acudir a su propio entierro.

Al principio vagaba sola, descubriendo rincones con multitud de historias detrás. Bastaba poner atención a los nombres —Barranca del Muerto, calle de los Donceles, Cárcel de Mujeres— para que la ciudad desplegara más territorios invisibles. Después conocí a Esteban en la clase de literatura mexicana y con él visitaba las librerías de viejo como barcos encallados en el tiempo, con sus tesoros apergaminados que ya muy pocos se interesaban en comprar.

O nos tirábamos en los prados cercanos a la facultad de cara al cielo para mirar las nubes y la lluvia de flores de jacaranda cuajadas todavía en las ramas de los árboles. En una de esas tardes, se desprendió el beso repentino de Esteban en medio de ese cielo.

Fue como si me hubieran puesto labios por primera vez.

Y cuerpo que habitar.

Como galaxias de estrellas incandescentes que irradiaban abismos y cimas en la piel.

Como si toda yo se hubiera vuelto una boca que buscara engullir el goce, posesionarse del placer.

Pero también era, debo reconocerlo, una urgencia apremiante hasta el desbordamiento y el dolor.

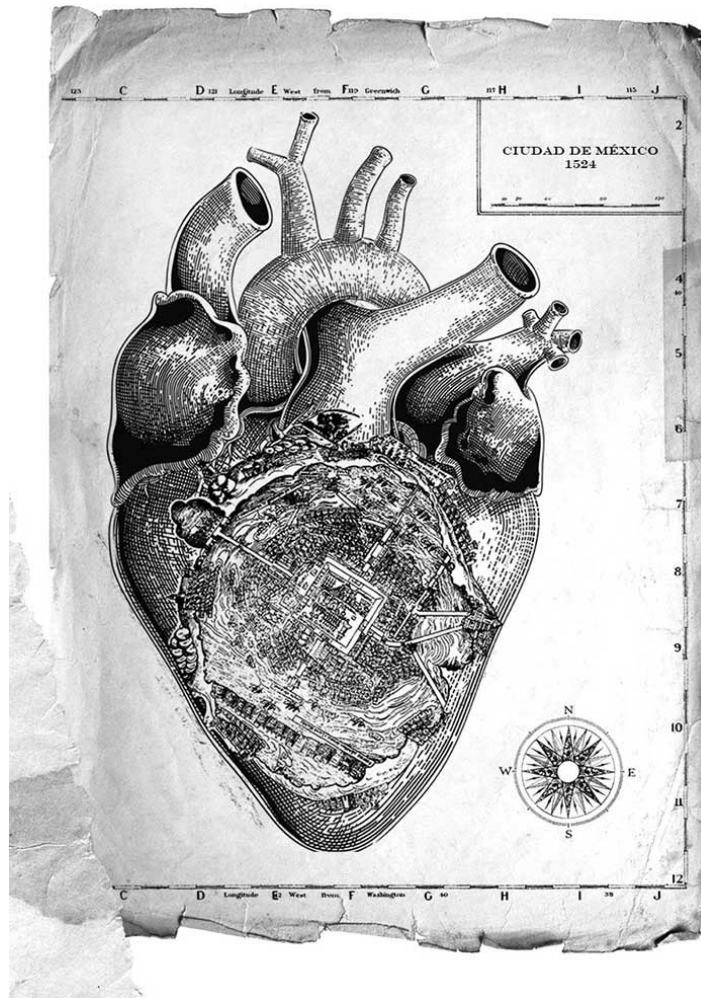
Y claro, náufragos desesperados, buscamos salvarnos en el cuerpo del otro. Tan olvidados del mundo que, sin premeditarlo, recorrimos el camino inverso a la expulsión y retornamos al Paraíso como una Eva y un Adán al fin reconciliados. En efecto: *el mundo nace cuando dos se besan*.

Y con el beso hasta la ciudad cambió: se volvía un segundo cuerpo que encarnar. Más luminoso a pesar de su detritus cotidiano, más refulgente no obstante sus miserias.

Visitábamos lugares más que por su historia, por la promesa de sus nombres: Cerro de la Estrella, Observatorio de Tacubaya, Monumento a los Niños Héroe. La sugerencia de una ciudad forjada al golpe de la imaginación y de los sueños.

Una ciudad *otra* detrás de la evidente y visible, una ciudad palpitando indomable a pesar de los colapsos y los espasmos del tráfico, las corruptelas, la contaminación, su oclusión arterial, su colesterol asfixiante.

Enfermedad arterial coronaria (EAC - Aterosclerosis)



“Ciudad que ayer era entretejida de agua,
¿alguna vez te vieron los cronistas?
¿O solamente te imaginaron?”

Fuente: JOSÉ DE LA COLINA, “Elegía por la Ciudad de los Ríos Muertos”, Milenio del 2 de septiembre de 2015.

A Esteban y a mí nos encantaba contemplarla al filo de las doce del día desde los campanarios de la Catedral. Cuando la bruma o el polvino opresivo la inundaban uno podía ser más vehemente en la manera de reinventarla. Una vez hasta invertimos la historia, que la ciudad azteca expulsaba a los conquistadores y se eternizaba en sus rituales sagrados hasta la agonía y el éxtasis. Que incluso llegaba a nuestros días y ese mundo antes perdido se perpetuaba con la gloria de los Caballeros Narcos que mantenían un orden teocrático extendido más allá de los mares con la venta del soma divino y sus ritos totales y sangrientos.

Y entonces nos detuvimos de súbito porque Esteban era mexicanista de hueso colorado, y sólo

de pensar que atrás de la barbarie actual pudiera estar el clamor sacrificial de los antiguos pobladores sintió que traicionaba una parte esencial de sí mismo. Resultaba extraño porque si alguien de la clase tenía la pinta de soldado español era él.

Recuerdo que miré su perfil de conquistador, su mandíbula cuadrada y su barba rubia, apuntando hacia el panorama de construcciones que se perdían a los pies de las montañas porque en aquel preciso instante el valle se había despejado y nos permitía atisbar el aire en una transparencia que mitificaba las distancias, en una vibración cercana a los sueños: bastaba con extender la mano para creer que se podía tocar el infinito. Yo, por supuesto, toqué el rostro de Esteban perfilado contra la ciudad-espejismo.

También visitaba otros puestos de observación yo sola. Trabé amistad con un estudiante de Antropología que hacía su servicio social en el Castillo de Chapultepec. Cuando iba a visitarlo, Ignacio me dejaba subir al torreón del llamado Caballero Alto, donde en otro tiempo estuvo instalado el observatorio astronómico, rodeado de una nube de vegetación, todo un bosque encantado que permitía a la ciudad contarse historias de cuentos de hadas para dormir sin necesidad de cerrar los ojos.

Si lo pienso bien, creo que ahí empecé a vivir mi tercera o cuarta metamorfosis. Como en un relato que leí en esos días, me dio por creerme la ninfa de una ciudad cruzada de ríos, sin importar que ya todos estuvieran entubados o extintos. Sentí que la vida era tan vasta como el horizonte de mi mirada.

Mi cuerpo no me contenía.

Entonces no sabía lo que iba a sucederme, este destino cascabelero y desmembrado.

La ciudad de corazones y deseos imposibles

Alguna vez fue una ciudad vehemente, como el deseo que le dio origen. Esto se cuenta de su fundación: los cazadores de una tribu tuvieron un mismo sueño y una misma sed. Vieron a una muchacha que dormía en las aguas de un lago. Soñaron que la forzaban y que la ninfa, sin despertarse, respondía a sus caricias y a su violencia. La tomaban una y otra vez pero ella no despertaba del sueño de agua y ellos en realidad no la poseían.

Al despertar, los cazadores buscaron aquel lago. Peregrinaron de un sitio a otro pero no encontraron rastros del sueño y, en cambio, su sed por la mujer iba en aumento. Un día, exhaustos, llegaron a un valle rodeado de montañas y volcanes. Entonces la vieron: una muchacha de agua dormía recostada en el lecho del valle. Los hombres corrieron a su encuentro, pero cuando creían tenerla entre sus manos, sólo tocaban el agua cristalina.

Decidieron permanecer ahí donde un espejismo casi había hecho realidad su sueño. En la construcción de la ciudad cada uno recordó a la ninfa: la gravedad de las caderas, el horizonte de su rostro, sus párpados tenues; también la brutalidad

del asedio, la violencia al someterla. Así, lenguas de tierra y argamasa penetraron las aguas, barcas afiladas rasgaron los canales recién formados, palacios y chinampas flotaron como besos perennes. Los cazadores, medio cuerpo en el agua, se volvieron pescadores. Y en las redes que arrojaban al lago las noches de luna llena, intentaban apresar aquella ninfa de plata que brillaba en la superficie del agua.

Hoy sólo es una ciudad extinta como el deseo que le dio origen. A fuerza de buscar poseerla, los pescadores y los viajeros, siempre sedientos, terminaron por beberla.

Hoy los visitantes se detienen en alguna de las montañas áridas que rodean el desierto. Sólo aves rapaces, cactáceas y reptiles se asientan en sus arenas ardientes. Entonces los visitantes huyen: presienten el cuerpo de la mujer de agua que dormía en el lecho del valle y se descubren una sed rotunda y desesperanzada, capaz de secarles el alma.

Fuente: ANA CLAVEL, *Los deseos y su sombra*, Alfaguara, 2000. (Las ninfas a veces sonrían)

A veces, cuando el Metro duerme, yo también descanso. El eco de los pasos y los pensamientos deambulantes cesa. Nítida, reconcentrada, escucho mi propia voz como si contara una historia para otros. Supongo que, de no haberme pasado lo que me sucedió, pude haber sido escritora pues es una voz cargada de otros sueños, otros mundos invisibles como los que pergeñé, en forma de cuento, para un concurso de la universidad. Entiéndaseme: es mi voz pero también son otras voces en duermevela. Algunas noches, como ésta, las dejo derramarse en lo que dura el silencio de la vida, Scherezada irremediable que ya ha perdido la cabeza —mas qué importa si las historias recomponen e inauguran el universo—:

Corazón de pétalos oscuros



Entre ella y Martín bajaron la cortina metálica del local de tatuajes. Después de colocar los candados, echaron a andar por la calle de Brasil que aún bullía de gente por ser sábado. Era una noche cálida, así que los vendedores de los Portales de Santo Domingo se abanicaban con los folletos y muestras de invitaciones que ofrecían a los paseantes, deseosos de convertirlos en los últimos clientes del día. Varios negocios habían cerrado pero otros mantenían su luz fluorescente sobre mercancías inútiles pero llamativas: adornos, lámparas de papel, bisutería, muñecas, ratones de cuerda. Los lugares de comida rápida con sus televisores silenciosos seguían atrayendo gente que se perdía en una contemplación bovina entre ver y masticar. Del Salón Madrid

escapaban acordes de la Banda del Recodo que alguien había puesto a sonar en una rocola, cuando Martín le pidió que se detuvieran a comprar una botella de agua. Entraron a una miscelánea. La chica que cobraba le dijo a Martín que le gustaba el tatuaje de huesos que traía en ambos brazos, como si su esqueleto se transparentara en esas partes del cuerpo. Él le respondió que cuando quisiera le hacía uno con rebaja especial por ser de negocios vecinos. Ella contestó:

—Pero no de huesos. Uno de flores como el de tu amiga... —se refería al que traía Alina en el cuello y que se extendía hacia atrás de su oreja izquierda. Alina sonrió y se acercó a la dependienta, casi de su edad. Estiró el cuello para que pudiera apreciarlo mejor.

—Si te fijas bien, hay una calavera en el centro de la flor... —le dijo. La dependienta lanzó una exclamación de sorpresa y agrado.

No hicieron otra parada hasta llegar al Metro Zócalo. Apenas alcanzaron la zona de maquetas que representaba las pirámides de la antigua Tenochtitlán, se despidieron. Iban en direcciones opuestas: Martín a Iztapalapa y Alina al Toreo. Él dijo:

—Nos vemos el lunes. Me saludas a Juan.

—Claro... Yo le digo. Buen fin de semana.



Descendió al andén poblado de gente que regresaba a sus casas con el cansancio de un día de compras y trajín en el centro. Un grupo de jóvenes mestizos con paliacates en la frente y camisetas que dejaban ver sus brazos curtidos y correosos bromeaban entre sí y se pasaban uno a otro una efigie de San Judas Tadeo de casi medio metro. La distrajo un mensaje del celular. Era de Juan preguntándole cuánto tiempo tardaría en llegar al lugar convenido para recogerla. Se aprestó a contestarle que iba para allá. “Pero hay mucha gente, el Metro no pasa y el calor está que arde...”, terminó de escribir justo antes de que el convoy arribara con su sonido desfogado.

Cuando entró al vagón traía en mente el recuerdo de Juan. Su barba suave, sus manos de diseñador, la loción de maderas que se ponía en el pecho y las axilas, siempre fresca y aromática por más que sudara. Llevaban poco más de un año viviendo juntos. En unos meses viajarían a un congreso de tatuajes en Atlanta. Varios de los diseños que Alina probaba con sus clientes, y que le habían ganado cierta fama entre los tatuadores del centro, eran de Juan. Dragones escamados, hadas estilizadas, flores de un jardín de las delicias inusual. De hecho, el tatuaje que llevaba en el cuello, la flor que guardaba una calavera entre sus pétalos fragantes de color, lo había diseñado él.

Apenas traspasar las puertas automáticas se desocupó un par de lugares y pudo acomodarse. Frente a ella iba sentada una señora con dos niños pequeños que dormían recargados entre sí. Un vendedor ambulante se abría paso ofreciendo pequeños ventiladores portátiles que ponía ante los rostros de los viajeros para demostrarles su efectividad. Cuando lo puso cerca de Alina, ella sintió la caricia del aire y no pudo evitar sonreírle al hombre en señal de agradecimiento. Tan pronto se alejó el vendedor, volvió a respirar el aire caliente del vagón cargado de olores. Observó que la mayoría de los pasajeros llevaba ropas ligeras por donde se asomaban cuellos,

brazos, piernas sedientas de frescura, pieles que exhalaban un vaho de humanidad demasiado orgánica. Los niños dormidos, con sus caritas suavizadas por la laxitud del sueño, tenían los cabellos mojados por el sudor. Le pareció que uno de ellos, el más pequeño, se incomodaba dormido porque frunció el ceño y se talló la nariz molesto, como negándose a respirar. Desvió la mirada a los otros viajeros que tenía enfrente y descubrió de pronto en sus rostros cansados y sudorosos una señal inequívoca de desagrado.

Fue sólo entonces que se percató del olor aquel, rancio, a humedad reconcentrada. Con el rabillo del ojo percibió al hombre que tenía a su lado. A diferencia del resto, llevaba un traje oscuro de tela gastada que brillaba por el uso. Las manos nudosas salían de las mangas y mostraban una piel cetrina y opaca. También reparó en que el hombre era delgado y que su cabello perfectamente peinado era grasoso y ralo. Todo esto descubrió sin necesidad de mirarlo directamente. Como también supo que ese olor desagradable que todos percibían y que ella acababa de identificar emanaba de él, de sus ropas, de sus poros, de sus pliegues. Un olor que hurgaba en la memoria desconocida de cosas oscuras y secretas. Estuvo a punto de levantarse aunque todavía le faltaran varias estaciones antes de llegar a su destino. Fue una reacción instintiva que sólo controló el temor de exhibir su rechazo, una especie de pudor por la vergüenza del otro. En su oficio de tatuadora se había acostumbrado al olor de las pieles de sus clientes, una esencia mezclada de resabios animales que la alimentación y las emociones podían intensificar. También estaban los olores minerales de las tintas, concentraciones de una pureza inusual para el olfato humano que podían llegar a la pestilencia. Pero aquello que ahora respiraba excedía su tolerancia. Se llevó una mano al cuello, ahí donde florecía el tatuaje que llevaba expuesto, como para evitar que aquel olor la contaminara.



Echó un vistazo a la tira de estaciones y contó las que aún tenía por delante. Al hacerlo, descubrió en el cristal de la ventana los ojos del hombre que estaba a su lado. La miraba expectante, como si supiera que en cualquier momento ella se levantaría, alejándose, huyendo de él. Sentirse observada la abrumó todavía más. Desvió la mirada y la concentró en el pequeño que dormía recargado en el hermano. El calor no dejaba de humedecer los cuerpos. Seguramente intensificaba y reconcentraba el olor, aquel olor. Sintió sed y se arrepintió de no haber aceptado la botella de agua cuando Martín se compró la suya. Comenzó a adormecerse con el vaivén pero se obligó a permanecer alerta: no deseaba que un movimiento súbito del convoy la acercara más al hombre de traje. O que, dormida, se le aflojara el cuerpo y llegara a tocar la tela o la piel de donde provenía el olor.

De todos modos cayó en una especie de letargo. Se sujetó con una mano al asiento para evitar soltarse del todo. Pero el olor la invadía y la penetraba cada vez más. Tan sólo un parpadeo y el escenario había cambiado. Atisbó una habitación en penumbra, de paredes húmedas y sórdidas. En el fondo, un resplandor amarillento destacaba la figura del hombre de traje ahora completamente desnudo salvo por unos papeles que traía pegados en el cuerpo. Sentado frente a

un escritorio, recortaba fotos de mujeres de una pila de revistas y luego se las fijaba en la piel como si confeccionara un nuevo traje. A falta de pegamento, lamía los recortes y los aplicaba directamente sobre su torso, sus piernas, su vientre. Fue tal la repugnancia que le provocó la escena que Alina se llevó instintivamente una mano al cuello para proteger su flor. El gesto repentino provocó que el hombre la descubriera. Se aproximó a ella de un salto y el olor a rancio y humedad se arremolinó en oleadas a su alrededor. Imposible respirar, pero imposible también apartar al hombre que ahora comenzaba a lamerla y tatuaba con restos de saliva su piel dócil y dispuesta. Sintió que su lengua ardía.

Un mensaje en los altavoces le anunció que había llegado a la estación de su destino. Echó una mirada y encontró que la mujer de los niños los había despertado y se aprestaban a bajar llorosos y de mala gana. Pero el hombre que había viajado a su lado ya no estaba. Seguramente había descendido en una estación anterior, sin embargo aún podían percibirse rastros de su olor en el aire contaminado. Alina se precipitó en los andenes como si quisiera dejar atrás el mal sueño.

Juan la esperaba en el área de taquillas. Tan pronto se reconocieron entre los ríos de gente, a ambos les brotó una sonrisa. Pero Alina además lo abrazó apenas lo tuvo cerca. Y al hacerlo aspiró de su cuello y su barba ese aroma fresco que así la rescataba. En efecto, el olor a rancio, a soledad reconcentrada, había desaparecido. Escuchó que Juan le decía:

—Vamos a casa, Alina.

Ella seguía sujeta a él, negándose a soltarlo.

—Vamos... —insistió Juan.

Pero Alina se aferraba a su abrazo en una resistencia obstinada. Tenía los ojos cerrados y en esa penumbra momentánea había percibido que otro tatuaje se ramificaba en su interior, añadiendo pétalos oscuros a la flor cárdena de su propio corazón. No ya el olor aquel, sino su recuerdo de tinta indeleble.



Otras veces, ando más activa. He aprendido que puedo desplazarme incluso en medio de multitudes y a plena luz del día. Al principio, cuando no sabía lo que era vivir como un alma en pena, creía que podían aplastarme o lastimarme no teniendo ya ningún cuerpo que me guareciera —porque mis fragmentos se fueron por un lado y yo por otro—. Sin embargo, el proceso fue más sencillo de lo que pudiera creerse. ¿Cómo mueve la cola un gato? Un simple gato, el más majestuoso, el más esmirriado, el más misterioso, no piensa: quiero mover la cola para acá y para allá. Sólo la mueve. Lo mismo me sucedió a mí cuando se me bajó el espanto de ser sin estar. Pero es muy cierto que cuando paso al lado de las personas o a través de ellas puedo volverme loca con los sonidos, ruidos, voces, pensamientos que los habitan. Los vivos son una telaraña de humores y pasiones. Entonces sí que prefiero merodear cuando el Metro y la ciudad están más vacíos.

Debo confesar que, pasado el susto inicial, resultó divertido. Como en esos sueños en los que uno vuela y la sensación de placer se vuelve ilimitada —con la pericia de controlar el vuelo con

la respiración, según pude darme cuenta después—. Merodeé por donde quise y conocí esta ciudad como nunca antes lo había podido hacer, claro, sin riesgos, sin necesidades perentorias, en los horarios más desacostumbrados. Decir que dormí en la cama del Benemérito de las Américas en Palacio Nacional, o que contemplé la ciudad desde la espiga dorada del Ángel de Reforma, no sería sino mencionar un par de ejemplos. Es cierto que no tengo un cuerpo, pero su memoria, su recuerdo, me permite percibir, supongo de manera semejante a las personas a quienes se les ha amputado una mano o una pierna, que siguen sintiendo su presencia como si el miembro fantasma estuviera todavía ahí. El caso es que la cama con el águila presidencial de don Benito la sentí dura y llena de resortes, y por pura curiosidad me deslicé por los senos frutales de esa más bien Ángela de la Independencia que preside el antiguo Paseo de la Emperatriz, y que según le escuché decir a la guía de una visita nocturna, se trataba más bien de la diosa alada de la victoria griega. No sé qué fue más poderosa, si la sensación en sí, o mi imaginación, o ambas: el hecho es que recorrer y deslizarme por esas redondeces doradas avivó un fuego que yo creía apagado, chisporroteante al principio, terminó por incendiarme toda. No sabía que las almas en pena podían ser también almas en dicha.

Y vaya que normalmente era un alma en pena. Al tiempo de verme en mi nuevo estado, apenas pude controlar aquello de desplazarme con la respiración, busqué a Esteban en Ciudad Universitaria. Nada más avistarlo sentado en los prados donde acostumbrábamos recostarnos, sentí que me difuminaba, toda yo convertida en deseo imposible.

(Mi corazón se estremece cada vez que oigo tus lamentos. Cúbrese el alma de horrenda negrura, y la esperanza me abandona, cuando el valor y la confianza volvían a renacer; cuando distraía mis dolores, y esperaba que habría de despuntar para nosotras un día diáfano: el de la resurrección de los vivos, de los que como tú, nunca acabaron de nacer. ¡Oh, Patrona de los Desaparecidos, que no me escabechen en San Pedro de los Pinos! ¡Oh, Señora de los Extintos Lagos, librame de todo mal y de amanecer chilango! ¡Oh, Virgen de los Apachurrados, que ya termine el viacrucis de ser mexicanos!)

Pasada la primera impresión, pensé en la manera de acercarme. Probé a colocar mis manos sobre sus ojos como cuando llegaba yo por detrás y lo sorprendía perdido en sus pensamientos. Sé que me percibió porque de inmediato echó la cabeza para atrás, como recargándola en el aire. Entonces probé a delinear sus labios con mi dedo —lo que alguna vez fue mi dedo—. Él cedía a la caricia. Escuché su respiración agitarse mientras seguía con los ojos cerrados como en trance. Besé su boca y por un momento él la mía. Una corriente de fuego, piel, instinto nos abrió al deseo. Un remolino hacía desaparecer el mundo alrededor para volverlo un solo palpito: la ola de placer que se alzaba en creciente interminable. Dijo mi nombre: Casandra. Yo el suyo. Esteban. Esteban...

“Esteban...”, dijo una muchacha que no era yo mientras se fundía en un beso con Esteban. Cabalgaban nubes profundas. Los sexos, convertidos en otro corazón, palpitan al borde del abismo. Tomaron sus cosas y corrieron tras una hilera de arbustos cercanos a una barda de piedra volcánica que cercaba esa área de prados. Ellos se incendiaban de goce y yo en cambio me

desmoroné en cenizas, polvo todavía enamorado.

(Lo que sucedió, ya lo sabes; lo que debe suceder, pregúntaselo a tu dolor. Es necesario llegar al fin con ánimo inalterable. Tal es el himno de las diosas subterráneas. Una vez que la sangre cayó en el suelo, ¿con qué se redimirá? Es ley. Las gotas de sangre, que cayeron al suelo, reclaman otra sangre. El crimen da grandes voces. Tuyo es el reino. Tuyo el poder. Tuya es la gloria por siempre, Señora.)

Comprendí entonces todo lo que había perdido. Los recuerdos de mi futuro imposible. Todo el goce irrevocable resolviéndose en sombra. A partir de ahí supe que debía encontrar al responsable de mi desaparición. Cierto que fueron dos los que me raptaron y luego me cortaron en pedazos. Ahí debió haber acabado todo. Pero uno de ellos, además, devoró mi corazón a dentelladas estridentes. Y así no puedo entrar al mundo de los muertos verdaderos.

(Ya las palabras son labios que florecen. Contra ti a no dudar vino la furia poniendo espanto y delirio. ¡Oh, deidad veneranda de mi madre Tonantzin! ¡Oh, éter, que haces girar la luz simiente para todos, contempla ahora la venganza de nuestras flores irremediables!)

Corazón recóndito

“En todo corazón habita un bosque.

Con sus árboles frondosos, sus musgos iridiscentes, sus cascadas y riachuelos sinuosos, sus criaturas salvajes. También pájaros que cantan a los rayos del sol que se cuelan en la enramada y una cabaña recóndita entre el sueño y la espesura.

Ahí se fraguan los deseos más poderosos, los que nos abisman gota a gota en la vida, los que nos arrojan lo mismo al éxtasis que a la disolución.”

Fuente: ANA CLAVEL, El amor es hambre,
Alfaguara, 2015.

4. Un corazón puro

Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.

EZEQUIEL 36: 26

Dicen que no tenemos corazón. Pero el nuestro late sin tropiezos, sin titubeos, sin distracciones. Nada lo perturba, y cuando algo lo perturba, le ofrendamos una botella de tequila. Lo mismo el Suave Patria, abrasador, que el Herradura Blanco, nuestro verdadero favorito. Porque hemos aprendido mejores vicios. Y los vicios mejores, nos dijo el Pastor, se vuelven, por obra y gracia de la Niña Blanca, virtudes terrenales. La verdad no tenemos muchas virtudes, pero somos buenos en lo que hacemos. Somos de oficio Decapitador. No se lo decimos a nadie, pero los que lo saben nos miran con temor y respeto. Y los que no lo saben intuyen que somos instinto, animal agazapado en el borde de la mansedumbre o el ataque. Por eso se apartan de nosotros, nos miran y enseguecen de inmediato la mirada interior para así protegerse de nuestro poder, que perciben devastador.

Corazón arbóreo (Caso Lindbergh)

Un arbolado terreno oval en el corazón de la Ciudad de México oculta una circulación insospechada, una diástole-sístole azarosa como el destino de sus visitantes. Fue en esta ciudad donde el afamado piloto Charles Lindbergh conoció a su esposa, Anne Morrow, hija del embajador de EUA en México. Un poco antes el aviador norteamericano de origen sueco había logrado la hazaña de cruzar el Atlántico en un vuelo que duró 33 horas con 32 minutos en mayo de 1927. De Nueva York a París circundó los aires y la niebla montado en el "Spirit of Saint Louis", en un viaje que pondría a prueba su resistencia: llegó a volar a ras sobre la superficie del océano con la idea de que la espuma del mar lo ayudaría a mantenerse despierto. Lindbergh utilizó las estrellas y la navegación por estimación para guiarse. Tras 24 horas de viaje, comenzó a sufrir delirios, vio figuras alrededor del avión e islas que aparecían y desaparecían. Según contaría más tarde en un libro que le daría el Pulitzer, esas presencias hablaron con él y lo orientaron para llegar con bien a su destino. Las alucinaciones finalmente se desvanecieron, y un poco más tarde el piloto extenuado aterrizó cerca de París

ante una multitud de más de 150,000 personas que lo esperaba como un héroe.

Fue idea del embajador Dwight Morrow invitar al célebre aviador en un recorrido por Latinoamérica, conocido como el "Goodwill Tour", para estrechar lazos entre los países del Continente. En su paso por la Ciudad de México una joven Morrow, de 21 años, escribiría en su diario la impresión que ese muchacho alto, de mirada brillante que se encendía por un fuego intenso, le había provocado: "Sentí que todo lo que había vivido antes era frívolo, superficial, efímero". Se casaron meses después. Para entonces, en enero de 1928, los constructores del fraccionamiento Hipódromo-Condesa decidieron ponerle el nombre de Coronel Lindbergh al teatro al aire libre que se levantaba por esos días en el parque del General San Martín, mejor conocido como Parque México, para honrar las hazañas del piloto y su paso por el país.

Hoy la gente que recorre el foro y los paseos poblados de jacarandas desconoce en su mayoría los detalles de esta historia, como también ignora otros pormenores que sucedieron después: que el primogénito de dos años de la joven pareja, ya asentada en Nueva Jersey, fue secuestrado en 1932 y, aunque se pagó el rescate de cincuenta mil dólares, fue encontrado muerto semanas después, triste protagonista de un episodio de corazones desalmados.

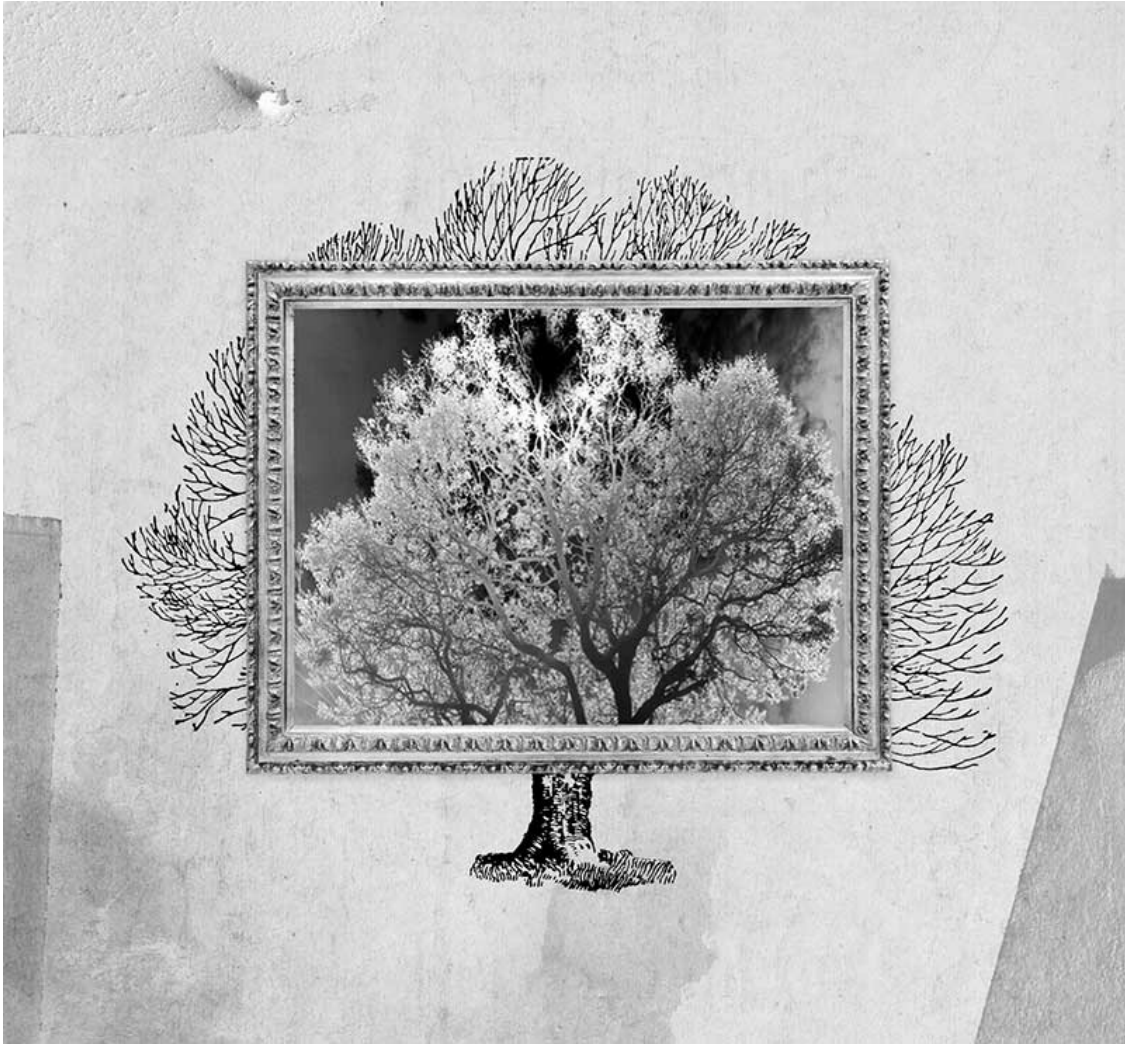
Tras dos años de pesquisas se dio con un responsable: un carpintero de origen alemán de nombre Bruno Hauptmann, quien fue condenado a la silla eléctrica, no obstante que las pruebas en su contra no eran concluyentes.

Cuando Lindbergh recibió el premio de veinticinco mil dólares que el filántropo francés Raymond B. había ofrecido a quien consumara la hazaña de cruzar por los aires el Atlántico, estaba lejos de imaginar que su popularidad lo haría blanco de la desdicha. Incluso, la misma fama que llevó a figuras públicas como Al Capone a ofrecerle ayuda para localizar a su hijo, vició la investigación y el proceso judicial pues la opinión pública influyó para encontrar y condenar a un culpable. Y cuando el expediente fue abierto en años posteriores, no sólo se llegó a poner en duda la criminalidad de Hauptmann, sino que algunas voces llegaron a inculpar al propio Lindbergh aduciendo que pudo haber matado a su hijo por accidente y después buscado a un chivo expiatorio. Y esa es una de las hipótesis menos escabrosas. Más tarde, al fin piloto, su admiración por la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, y un pacifismo que lo llevó a dictar conferencias para que EUA no participara en la Segunda Guerra, le ocasionaron severos ataques por "simpatizar" con el nazismo.

Con todo y su cada vez más marcada tendencia al aislamiento —moriría en la isla de Maui en 1974, luego de dedicar esfuerzos a causas ambientalistas y de mejora a comunidades aborígenes—, la historia de la cardiología le debe un hito. Lindbergh era conocido por preparar y reparar sus aviones. Poco después de la primera catástrofe de su vida, aplicó sus conocimientos en ingeniería para ayudar a su cuñada Elisabeth, aquejada de un mal cardíaco que entonces no podía tratarse. En colaboración con el Premio Nobel francés Alexis Carrel, ideó un

método para mantener los órganos vivos fuera del cuerpo. Para 1935 había desarrollado una bomba de perfusión capaz de producir una circulación extracorporal y mantener vivos órganos extirpados. La bomba de Lindbergh ha llegado a ser considerada por algunos autores como el primer corazón artificial, aunque en sentido estricto no lo sea. De cualquier modo, Elisabeth Morrow no pudo beneficiarse de los avances realizados por su cuñado, pues murió unos meses antes de que la bomba estuviera lista.

Muchos creen que la pareja Morrow-Lindbergh vivió en México después de casarse, muy cerca del parque y del foro bautizado con el nombre del afamado aviador, pero no fue así. Aunque ya se vendían los lotes del fraccionamiento y la inmobiliaria hacía buen uso publicitario de carteles e inserciones en periódicos que anunciaban el Teatro Al Aire Libre "Coronel Charles Lindbergh" como parte de los atractivos de la zona, cuando partieron en 1928 hacia Nueva Jersey para asentarse como recién casados, el nuevo fraccionamiento estaba aún construyéndose. De hecho, nunca contemplaron juntos la magia azul plúmbago de las jacarandas en flor que poco después inundarían los costados del parque, por obra e ingenio de un inmigrante japonés especializado en el arte de la jardinería desde los tiempos de don Porfirio. Tal vez, sólo tal vez, de haber permanecido en la ciudad donde se conocieron y haber atisbado juntos el corazón arbóreo de luminiscencias azul-moradas palpitar contra la transparencia fulgente del cielo, sus vidas habrían sido otras.



Una vez fuimos con unos compas de mi célula a una cantina del centro. No acostumbramos vernos más allá del trabajo, pero ese día uno de los jefes había querido festejar una alianza con Barrio Norte y nos ordenó que lo acompañáramos. Y si puede hablarse de una regla que se vuelve virtud colectiva para todos los de La Compañía, es la obediencia. En ocasiones así somos más discretos de lo usual. El rostro y el cuerpo son entonces una muralla impenetrable desde donde vigilamos el mundo. Pero el poder se concentra detrás. Y quien sabe percibir lo descubre aunque no lo quiera. Como la mujer que estaba sentada en la mesa de junto con otros tres oficinistas. Recuerdo que tenía una larga cabellera negra y ojos grandes y profundos. Y aunque estábamos a sus espaldas tuvo que volverse a mirarnos de soslayo, atraída por nuestra fuerza. No nos vio de frente pero nosotros supimos que nos había reconocido. Ella descubrió, sin necesidad de verlas, las fauces que llevamos en el pecho, esa boca oculta de dientes atroces con que devoramos el mundo, con que podríamos engullirla a ella y a quien se nos ponga enfrente. Entonces cerró su percepción de nosotros, ese canal que le enviaba señales de nuestra ferocidad sin límites, de pronto enceguecida ante el esplendor de nuestra gloria. De todos modos se levantó al poco tiempo con sus amigos y salió de la cantina como si llevara recogida su propia sombra. Nos hubiera

gustado seguirle los pasos, la selva del pelo contoneándose al borde de las caderas de precipicio, obligarla a entrar por esa puerta en donde somos centinelas de la vida y la muerte, doblegarla con el brazo de nuestra virilidad enhiesta, cavarle un túnel de rabia e instinto, someterla una y otra vez hasta dejarla sin voluntad ni fuerzas y entonces exprimirla un nuevo quejido: ahorcarla con nuestras manos poderosas para que apretara de nuevo y aún desfalleciente volviera a darnos un último placer.

Pero primero estaba la servidumbre con La Compañía y tuvimos que dejarla ir. Por el escote de la espalda alcanzamos a saborear los muñones de sus alas cercenadas de ángel. No pudimos menos que ofrendarle una erección. También un largo trago de tequila para el trote y galope de nuestro caballito.

Luego tuvimos que concentrarnos en la retirada. Enfocarnos en los presentes. De algunos de ellos sabemos dónde tienen tatuada la imagen protectora de la Niña Blanca. Unos porque la llevan a la vista en brazos o cuellos, otros porque en la refriega y el jale les ha quedado expuesta. La mía me cubre literalmente las espaldas. Le dijimos al morro que nos la tatuó que le pusiera unas alas enormes y hermosas de ángel exterminador. Por eso es que mi Niña Blanca es tan preciosa y buena con nosotros. Nuestro verdadero Ángel de la Guarda. Por eso es que nos la admiran y hasta envidian. Nos han pedido llevarlos con el artista que nos la labró en la piel. No les contestamos pero en silencio les decimos: “Sí, cómo no, te vamos a llevar a la milpa que le sirve de camposanto... ¿A poco crees que cosas así se comparten?”.

Anatómica del corazón

El corazón es una cavidad
hueca llena de
sangre

Lo que sí compartimos es la devoción, la obediencia, el silencio. Aunque por dentro traigamos una rabia, un hueco, una sangre revoloteando en círculos de zopilote. También compartimos tener un alias, todos tenemos un aka, un doble de nombre con que se nos señala y designa. Muchos nos llaman «Legión». En particular, los jefes y los especialistas nos llaman «El Señor de los Libros». Sabemos que lo dicen por las palabras que usamos... pero también porque cargamos una maleta con nuestros instrumentos de trabajo en el fondo y sobrepuesto un muestrario de libros. Pero nadie sabe en realidad de dónde nos viene la afición por los libros. Sólo nosotros. Somos decapitadores de gente pero también de recuerdos. Hemos podido cercenar de cuajo cabezas de personas —las dos manos firmes en el mango del machete para que los huesos de la columna no nos reboten el golpe—, lo mismo que descabezamos imágenes del pasado y del presente para que nada estorbe ni enturbie la pureza de nuestro corazón. Sólo hay un recuerdo del pasado más remoto que no hemos

querido extirpar porque nos da fuerza y razón de ser y estar. Era una mujer venerable. Sabía de nuestra fiereza. Que desde pequeños nos gustaba el sabor de la sangre que nos corría de la nariz hacia la boca cuando nos liábamos a golpes; que nos enardecía la que brotaba de la boca del contrincante casi siempre doblegado por nuestra fuerza. Era la Abuela. Nos esperaba a que regresáramos por las noches de recoger ramas en el campo. Entonces, como a las bestias más inocentes, nos doblegaba con una historia. Y en la inmensidad de la noche salpicada de estrellas, entre el latido de los cocuyos y los chapulines, la magia de sus palabras nos dejaba ver que nosotros también teníamos una inmensidad que nos crepitaba por dentro.

Quién sabe qué hubiera sucedido si la Abuela no hubiera muerto. Si los soldados no la hubieran cosido a machetazos como quien hace surcos en la tierra para la siembra. De su sangre derramada brotamos nosotros. Casi nadie sobrevivió en la ranchería. A nosotros nos perdonaron la muerte porque atisbaron que la llevábamos muy dentro: una muerte muy viva. Después, cuando terminó el entrenamiento y caminamos con pasos propios en La Compañía, comenzaron a llamarnos Legión, mucho después El Señor de los Libros, pero también podrían habernos nombrado Los Jinetes de la Ira.

Este no es un corazón
Ceci n'est pas un coeur



... o de cabeza me como un plato.
En la pancarta:
"Ceci n'est pas une guerre".

Marcha por la Paz
con Justicia y Dignidad, 2011.

A diferencia de otros que apenas saben garrapatear sus nombres, hemos escrito un Manual del Perfecto Decapitador y lo ofrendamos a la Niña Blanca porque a Ella también le gustan las historias. En el adoratorio de cristal que le han consagrado los locatarios y vecinos del Mercado de Sonora, entre arreglos florales, cirios y regalos que la circundan, se acumulan las cartas, los mensajes, los deseos de la gente que le pide y le cuenta cosas. En una de las paredes de cristal hay una ranura para depositar monedas y papeles. Por ahí introdujimos el Manual como una ofrenda. Pero en general somos discretos. Entregamos mensualmente una cantidad al Pastor y la recordamos antes y después de cada trabajo. En particular, hay un momento en que la tenemos más presente con nosotros, en que decimos: “Muerte querida de mi corazón, no me desampares con tu protección...” y nos envolvemos en las grandes alas de la Efigie Niña que llevamos en la espalda.

No nos entrenaron los kaibiles pero sí uno de sus discípulos. Por eso, sumado a la ferocidad que nos es propia, somos tan certeros. Los jefes saben que ordenan y obedecemos, que no les vamos a fallar, que somos cumplidores. Cuando nos asignan cortar una cabeza nos preparamos tomando más distancia de la vida, encerrándonos en el mausoleo de nuestra potestad, donde nada se mueve sin que le demos permiso. Ahí, lentamente, la boca que nos habita va desplegando labios y dientes como una flor mortal, una secreta trampa carnívora. Sabemos que es un umbral, una abertura donde todo puede pasar. Por eso antes de encontrarnos con el cordero elegido, nos tomamos unos buenos tragos de tequila para facilitar el tránsito.

(A veces nos da por pensar en las cabezas de piedra colosales que vimos en un bosque del sureste cuando nuestro entrenamiento. Campos de cabezas cercenadas como campos de amapolas encendidas, dijo el instructor que ya traíamos en la cabeza propia. Pero nosotros susurrarnos por lo bajo, no fuera a escucharnos y pensara que nos compadecíamos: esas chollas no están desprendidas, tienen los cuerpos germinando en la tierra. Por eso sonríen sus labios de jaguares eternos, saben que en cualquier momento van a despertar a la vida, o a la muerte, que es la misma cosa.)

Tamaño del corazón

En un adulto sano es de unos 12 a 13 cm de alto, con anchura de 9,5 a 10,5 cm. El corazón pesa unos 320 gramos en los hombres y 280 gramos en las mujeres y puede albergar alrededor de medio a un litro de sangre. El volumen de eyección, es decir, la cantidad de sangre movilizada por contracción muscular en reposo es de unos 70 mililitros. Late cerca de 70 veces por minuto, aproximadamente unas 100,000 veces al día. Bombea alrededor de 5 a 6 litros por minuto; unos 7,000 litros al día.

Llegado el momento de ejecutar la misión, nos encomendamos a la Niña Buena. Con o sin la presencia de otros miembros de La Compañía, todavía calientito el cuerpo, lo colocamos boca abajo en el borde de una silla o una cama y le dejamos caer nuestra furia. Las dos manos juntas en un tajo limpio, sin titubeos, sin compasión. Pensamos: “Te lo buscaste. No sabemos quién eres o qué hiciste, pero te lo buscaste”. También, mientras recojo la cabeza y la envuelvo en las ropas del elegido o en una toalla para que brote toda la sangre de las venas cargadas del cuello, y aparto un poco en un frasco para llevarla más tarde al altar secreto que el Pastor le tiene a la Niña Bonita, le decimos a la víctima: “Si estuviéramos en tu lugar, sólo pediríamos que nos ejecutara alguien como nosotros. Alguien que sepa rifarse la vida en una tirada de dados o al jalar un gatillo. Para que nuestra sangre quede ofrendada al poder de alguien superior a los que viven zurrándose de miedo”.

No siempre nos hacen un encargo así. En general, a las mujeres y a los niños los respetamos. Pero aquel día nos llegó el mensaje por el celular y teníamos que actuar de inmediato. Ni siquiera pudimos recoger nuestra maleta de libros con los instrumentos de trabajo. Tendríamos que improvisar. Pero sobre todo debíamos acompañar al Nagual para darle caza a una potranca traicionera. Ella sabía que la seguíamos y buscó escabullirse en el Metro. Nosotros sólo sabíamos que se llamaba Priscila y que llevaba un bolso rojo nuevo porque la vimos comprarlo antes de meterse al subterráneo. Antes de llevárnosla, el Nagual había visitado su casa para impregnarse el olfato con su olor impar, el aroma de su sangre hermosa y culpable. La olfateó como Nagual que era y nos confirmó: “Ya la tengo respirándome por dentro, se me contonea en toda la nariz; es yegua de sexo poderoso”. La buscamos en el mercado donde preparaba pócimas y era revendedora pero el puesto estaba cerrado. De todos modos, nos quedamos cerca haciendo guardia. Entre el trajín de amas de casa y compradores, al poco rato vimos salir a una mujer con chamarra de mezclilla de los baños. Por las fotos que también nos enviaron sabíamos que buscábamos a una rubita de buenas carnes, pero ésta tenía el pelo negro recogido y un andar esmirriado. El Nagual usó su olfato tras el rastro punzante. Entre el mar de sudores y fragancias, el aroma de flores y frutas, el tufo de carnicerías y pescaderías, su nariz se convirtió en una verbena explosiva. Oliscaba a la presa propiciatoria. Nosotros le mirábamos las aletas de la nariz en franco goce expansivo, predador. Un remolino que la señaló intempestivamente. Era la muchacha recién salida de los baños. Nosotros no tenemos la nariz filosa del Nagual, pero ya lo sabíamos: habíamos visto su pelo oscuro mojado y una huella de tinte como un rastro de sangre coagulada en el cuello cuando pasó frente a nosotros.

Así empezó la persecución. No tenía escapatoria, pero como era una incursión a plena luz de día había que ser un tanto discretos. Además estaba la situación de la cacería: era una buena venadita y despertaba las ansias, vida mía. Caminamos las dos cuadras que mediaban al Metro más cercano entre los puestos callejeros de tacos, ropa, películas, zapatos. Parecía no haberse dado cuenta de que la seguíamos. Antes de entrar se detuvo en uno de bolsos de mujer y escogió una ostentosa: rojo vivo y charoleada. Y se la colgó al hombro como una señal distintiva. Hay gente así: que le sabe tentar a la suerte porque cree que de esa manera la esquivo. Como fuera,

después bajó al inframundo. Tuvimos que correr para abordar el mismo tren que ella, aunque en otro vagón. En cada estación aprovechaba para descender de uno y subirse a otro, como si estuviera jugando o quisiera distanciamos. Entonces era obvio que se sabía perseguida. Y nosotros detrás: nos llevaba ventaja. Cuando se le acabaron los vagones, la miramos sentada en el extremo más alejado con el bolso rojo sobre las piernas. Bajamos con ella en el Metro Panteones. A pesar de los mares de gente acertamos la distancia. Le dimos alcance en una calle solitaria. La abrazamos como a una vieja conocida. Una punta en el cuello —muy cerca del tatuaje de un botón de rosa con su tallo que después nos guió para dejar caer el machete a la hora de decapitarla— y le dijimos: “Si gritas, te lo clavo...”. En respuesta quiso entregarnos la bolsa delatora. “Te queremos a ti, mi alma”, le dijimos antes de obligarla a subirse a la camioneta que el Nagual acababa de conseguir.

Dextrocardia



Alba es una mujer de origen judío y padres alemanes que surcaron el Atlántico para huir de los nazis. Primero a Nueva York y de ahí a Veracruz. Cuando terminó la guerra, su padre buscó a los familiares perdidos. Uno a uno, descubrió que habían muerto en los campos de concentración. Cubrió los espejos y prohibió a esposa e hijos que hablaran alemán. También desconoció su origen.

Desde que Alba nació, los doctores descubrieron que tenía el corazón del lado derecho. Una situación genética que no le impediría crecer de manera más o menos normal. Pero se equivocaban: con la negación del padre a reconocer el pasado que corría por sus venas y con el corazón extraviado, fuera de lugar, desde muy pequeña Alba se supo tráfuga. Toda la culpa se le espesaba en su pequeño corazón cuando, por ejemplo, en las ceremonias de la bandera, se colocaba la mano en el sitio común pero incorrecto, pues sabía que ahí no había órgano ni latido por el cual jurar. Aún ahora resiente el peso opresivo de aquella

incomodidad moral como un pesar físico y reconoce cuánta pesadumbre cargan los corazones niños fuera de lugar.

Dicen que no tenemos corazón. Pero el nuestro late sin tropiezos, sin titubeos, sin distracciones. Nada lo perturba. Eso porque siempre nos disciplinamos a los jefes y nos cerramos a cualquier voluntad ajena que pudiera desviarnos de nuestro camino. Pero en la refriega —la venadita decía que no se llamaba Priscila sino Casandra, aunque muchos niegan ser quienes son—, el Nagual nos retó: “Muy tronador pero a que no te comerías su corazón”. La venadita ya estaba troceada porque la orden había sido precisa: “La queremos decapitada y descuartizada de manos y piernas. El cuerpo en una maleta. Le ponen unos desodorantes para que aguante el viaje”. La mirada del Nagual era insidiosa mientras nos pasaba la botella de Cazadores para darle el último jale. Sonreímos de dientes para adentro. Las fauces que llevamos abiertas en el pecho nunca antes habían tenido esa hambre. Al contrario, nos alimentaban la ferocidad necesaria para nuestro oficio. El Nagual insistió: “Nosotros sí que hemos comido carne humana. Nos ha dado más poder”. Por toda respuesta tomamos el cuchillo pedernal y abrimos el tronco de la venadita descabezada. Fue fácil dar con su corazón todavía tibio y devorarlo a dentelladas. Carne dura de roer la del corazón. Pero nos otorgó el sabor glorioso de nuestra barbarie sin límites.

秦始皇

始皇帝

Un corazón imperial

Cuenta la leyenda que desde muy joven Qin Shi Huang tomaba cada día pequeñas dosis de mercurio para volverse invulnerable. Tenía tan sólo 12 años cuando subió al trono del reino de Qin (247 a.C.) y se aprestó a unificar toda China para convertirse a la postre en el primer emperador. Se dice que siendo apenas un adolescente de 13, cuando le brotaban granos en el rostro y lo acometían poluciones nocturnas por igual, ordenó la construcción de su propio mausoleo: una ciudad subterránea que sería custodiada por ocho mil guerreros de terracota, para habitarla después de su muerte terrenal. Dentro del recinto, que abarca una superficie de 120 mil metros cuadrados, se hallaban construcciones majestuosas, palacios, pabellones y quioscos con réplicas en bronce de animales como grullas y cisnes. La tumba, que aún no ha sido abierta, está ubicada entre una réplica de la China y un mar de mercurio. Fuentes antiguas revelan que la cúpula de la cámara mortuoria, enjoyada de zafiros, simulaba la bóveda estelar.

Pero la tumba del emperador tuvo que esperar varios meses para recibirlo pues Qin Shi Huang murió cuando estaba por cumplir 49 años, durante un viaje por la China oriental, adonde había marchado en la búsqueda de las legendarias islas de los inmortales y el anhelado secreto de la vida eterna. Para evitar revueltas que complicaran el traslado, el primer ministro fingió que seguía vivo, recluso en su carruaje. Sendos carros con pescado, colocados antes y después de la diligencia, encubrieron el olor putrefacto del cadáver y los restos de su corazón imperial.

En el palacio de nuestra cabeza siempre hemos hablado con nosotros mismos. Pero sólo cuando nos apersonamos ahí, nos despojamos de los ropajes de parias, de ese modo de hablar que se espera tengan los de nuestra ralea, para cobrar el sello de nuestra verdadera potestad. Hemos dicho “palacio” por sus dimensiones y majestuosidad, pero también podríamos decir “mausoleo”. En la cámara central se encuentra nuestra efigie esplendente sentada en un trono de mármol. Nuestros brazos se hallan flexionados para exhibir las palmas de las manos a quien comparezca ante nosotros. Así mostramos en la diestra la imagen hermosa de la Niña Blanca y en la siniestra el sello innombrable de La Compañía. Como la estatua colosal que somos, casi nunca nos movemos: permanecemos imperturbables, incommovibles. En otros recintos de la fortaleza sí que nos movemos y esmeramos. La cámara de las torturas donde somos oficiantes de sacrificios. El serrallo de los placeres donde le damos gusto al gusto. Puede decirse que es un palacio silencioso, a pesar de los gritos y los jadeos, las súplicas y los ruegos. En gran medida porque también cercenamos el ruido para que la vida —o la muerte— transcurra como en una película muda, como las cintas que nos exhibimos en la sala de proyección que tenemos dispuesta en las habitaciones inferiores para nuestro real entretenimiento. Y es que hemos descubierto que sin sonido toda secuencia es susceptible de volverse una obra digna de contemplarse, y de rebobinarse y ser repetida una y otra vez. Lo mismo que toda imagen si se la reduce a blanco y negro. Por ejemplo, con un contraste así, la sangre puede llegar a ser oscuramente suntuosa. La

sangre tan preciada. Basta atisbarla o presentirla para que empiece a narrar sus misterios. Espesa, profunda, vociferante: nunca puedes acallarla, por más silenciosa que parezca. Siempre recogemos un poco para llevarla al altar de La Compañía. También la llevamos con nosotros al santuario que le tenemos dispuesto a la Niña en nuestro interior. Basta la imagen de cómo brota o salpica o corre o gotea o se estanca. El límite de la herida o corte por donde se desboca con un galope sediento, irremediable ella que sólo sabe derramarse.

Claro que con la venadita fue diferente. Habíamos devorado su corazón y ahora lo traíamos dentro. No necesitábamos llevar al santuario más rastro que lo atestiguara. Aún paladeábamos el sabor correoso, de herrumbre fresca, en las encías. Apenas cruzar el umbral, nos reconocieron: “Así que nos ofrendaste un corazón...”. Sonreímos complacidos. Y luego una risilla como de cascabel se escuchó por los rincones, suave, en creciente, como el de una niña corriendo a esconderse para que la alcanzáramos. Quería jugar y nos entraron ganas de seguirla. Atrás de una columna, luego ocultándose entre las estatuas de la terraza. Su risa nos traía mareados de un lado para otro. Y nuestra alegría también iba en creciente. Tanta risa que de pronto sentimos que el corazón nos explotaba de gozo. Antes de colapsarnos, alcanzamos a ver nuestra propia imagen, antes tan imperturbable, en el momento preciso en que volvía la palma con la efigie de la Niña Blanca y la introducía en nuestro pecho. Tuvo que hurgar un poco para descuajar el corazón y mostrárnoslo como si mirara el corazón de otro. Sus latidos eran espasmos de risa redoblada. Un corazón sonriente. Burlón.

El sagrado corazón de Jesús

Mi madre era una niña cuando conoció a Margarita Alacoque en un pueblo de Oaxaca, afamado porque todos los días tiembla. La conoció porque Margarita era una prima mayor que se había quedado soltera, “para vestir santos”, como se decía entonces. De hecho, Margarita tuvo un pretendiente —ignoro si el joven se llamaba Jesús— del que estuvo muy enamorada. Pero sus padres no permitieron la unión. Y la mandaron un tiempo al Convento de la Visitación de María de la ciudad de Puebla para que no cayera en la tentación de fugarse con su enamorado. La entonces muchacha, que vendría a ser algo así como mi tía en segundo grado, tenía por nombre Margarita Clavel, pero cuando salió al fin de su reclusión, pues sus padres pretendían casarla con un hacendado de Putla, ya se había convertido en Margaritte-Marie Alacoque. La misma monja que un 27 de diciembre de 1673 había tenido la visión primera del sagrado corazón de Jesús. La misma que veía al redentor como un amante celestial que le tomaba el rostro entre sus manos y la dejaba reposar sobre su pecho ardiente como una novia enamorada. Por esas señales de delirio que hicieron de la monja francesa la iniciadora de un culto cristiano, la Margarita mexicana fue rechazada por su nuevo pretendiente.

Dice mi madre que se comportaba de manera normal, como una mujer quedada de pueblo que bordara telas para el altar de la iglesia, o tejiera guirnaldas para las bodas. Pero bastaba que alguien le preguntara por su nombre para que ella contara su verdadera identidad y la pasión carnal por su verdadero amor con lujo de detalle. Como cuando el señor la sentaba en sus piernas y ella sentía un fuego incendiarle las entrañas. O cuando le tomaba la boca y hacía que succionara con los labios la herida abierta de su corazón de carne. Los labios de Margarita sobre los labios de la herida del señor eran dos bocas unidas en un éxtasis más allá de lo espiritual. El señor gemía y Margarita descubría cómo el dolor era un sendero gozoso para llegar a un paraíso innombrable. "Me quedaba temblando de ternura cuando me apartaba de él", dice mi madre que decía Margarita Alaque Clavel antes de que la sometieran con un baño de agua helada. Y con el baño, ella y quienes la escuchaban quedaban temporalmente sosegadas.



Pero la verdadera burla vino con uno de los pedazos de la venadita. Los jefes nos dijeron: “Pues quién sabe a quién se descabecharon pero ésa no era la Priscila”. Y es que, después supimos, la Priscila llevaba un tatuaje en el antebrazo que advertía a propios y extraños: “Soy tu peor pesadilla”. Por eso nos habían pedido, para que la procuraduría no fuera a identificarla, que desapareciéramos la cabeza y los brazos. Por eso en la maleta sólo colocamos el tronco y las piernas troceadas, eso sí, acomodadas en la postura recóndita de un feto. Por eso el Nagual nos reconvinó: “Ya estás arreglando la muerte con tus ilustraciones de libros. Mejor debieras ponerle hartos sobres de desodorante para que no apeste antes de tiempo”. Pero sólo encontramos unos sobres con aroma de Lavanda Primavera que hedían a baño público. Luego pagarle a un teporocho del rumbo de Tacubaya para que llevara la maleta y la dejara en un Metro de la línea

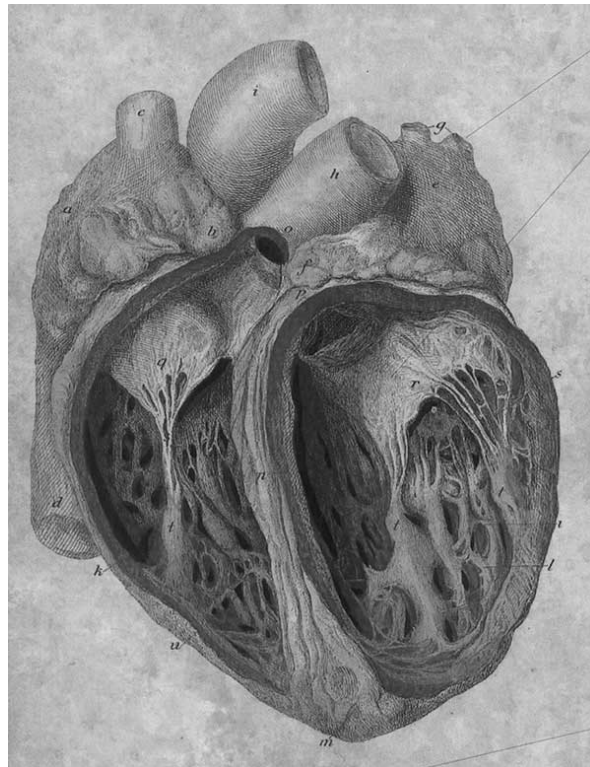
Rosario-Barranca del Muerto, según nos instruyeron los jefes.

Ya nos habíamos alejado de todo, como hacemos siempre que terminamos un trabajo. Muy adentro del palacio adonde nadie puede seguirnos. Sólo a la espera de que el mando nos llamara para decirnos, como siempre, que la misión había sido de primera. Pero en vez de eso nos preguntaron por el tatuaje de la venadita y nosotros recordamos el capullito de rosas que traía al cuello la gacela y que seguimos como la línea punteada para señalarmos: corte aquí. Pero nada de una pesadilla sin igual. Tampoco el Nagual con todas sus certezas olfativas pudo atinarle al mensaje. Tal vez fuera cierto lo que arguyó: que con el susto los aromas se vuelven más primitivos y ya para el momento de la captura todas las víctimas exhalan sólo acidez y miedo por los poros.

Según el Nagual, nos tendieron una trampa. Nosotros creemos que alguien nos quería ver la cara. Nos quería ver la sombra y la sepultura. A saber si se trataba de los rivales que nunca faltan, o los enemigos que uno se echa al hombro nada más por respirar. Porque cuando apareció la Priscila verdadera por los rumbos de Pachuca, alguien más se nos adelantó para ajusticiarla y llevar su cabeza de cabellos ahora pelirrojos ante los jefes y el brazo con el tatuaje delator.

Sólo nos salvó que, hasta antes de la venadita, en el oficio de decapitadores, nuestra especialidad esencial, habíamos sido cumplidores. Y sólo a los mejores de aquí y de allá nos iban a reclutar para entrenar una célula de élite en el puerto de Acapulco. Mientras tanto, había que dormir el sueño del polvo; mantenerse sin mayores señales de vida.

El corazón devorado



En el momento más dramático de su vida, el héroe Gilgamesh ofrenda un corazón a los dioses. Estamos hablando del 2000 a.C. Para los egipcios era el lugar donde se asentaban las emociones pero también el pensamiento. Entre los aztecas era alimento para la deidad solar Huitzilopochtli, por eso lo extraían del pecho de los sacrificados y lo ofrendaban en dirección al sur antes de colocarlo en el recipiente llamado cuauhxicalli, literalmente casa del águila. Es tal su relevancia que de tiempos antiguos viene la prohibición: Cor ne edito: "No comas el corazón". Atribuida a Pitágoras, la sentencia alude al mito de Dionisio, quien, desmembrado y devorado por los titanes, pudo ser regenerado a partir del corazón que la diosa Atenea rescató del festín. La leyenda del "corazón devorado" fue tratada en varios textos medievales como *Lai d'Ignauré* y *Le Roman du Châtelain de Coucy et de la dame de Fayel*, historias en las que la infidelidad femenina es castigada por el marido con la muerte del amante, a quien extrae el corazón y lo da a comer cocinado a la infiel. (Pero, además, en el primero de ellos, a la receta del corazón se añade otro ingrediente singular en la confección del macabro platillo: el miembro viril del infractor. Revelado el contenido después del banquete, la protagonista de este cuento cruel opta por lanzarse al vacío, no sin antes agregar que prefiere quitarse la vida que no volver a probar manjar tan delicioso.)

Fuentes: ISABEL DE RIQUER, *El corazón devorado*, Siruela, 2007, y JOSÉ MANUEL PEDROSA, *Dante y Boccaccio entre brujas y caníbales: el cuento del corazón devorado en Europa y África*, Mitáforas, 2016.

La burla continuó con la voz que comenzó a llamarnos por nuestro nombre verdadero. A veces surgía cuando viajábamos en Metro, otras al caminar por la calle. Nos seguía hasta la madriguera del Centro donde desaparecemos mientras los jefes nos requieren y luego hasta el palacio mismo donde en realidad hibernamos. "Omar Santa Cruz, sé tu nombre". "Omar Santa Cruz Hidalgo, sé quién eres". "Omar Santa Cruz Legionario, ¿por qué me abandonaste?" Como se escuchaba voz de mujer, pensé que la Niña Blanca era quien así me hablaba. Tomé posesión de mi efigie y di reconocimiento a nuestro espíritu. Tornamos la diestra hacia nuestro rostro, ahí donde la imagen de la Niña Santa solía mirarnos con fiereza y ahora con ternura. Era ella, sin duda, pero también había comenzado a ser otra. Sus cuencas vacías se habían llenado de brillantez de paloma. Su calavera venerable tenía piel y facciones dulces como el lirio de los valles. Su osamenta blanca había enraizado en un cuerpo florido. Era un ángel desnudo con pechos de cera y miel, su vientre manaba rosas de Sarón. Brotaba de mi mano para crecer a nuestra altura y abrazarse y abandonarse a nuestra hombría. Nosotros nos doblegamos a la potestad de su carne enamorada. Nos decía: "Venga a mi huerto mi Amado y coma de su fruta prohibida". Nos recostamos a la sombra de su manzano y nuestro nardo soltó su olor. Mi Amada metió su mano en mi pecho y nuestro corazón se conmovió dentro de nosotros. Ella dijo: "Ponme como un sello sobre tu corazón, como un tatuaje sobre tu brazo que diga 'Soy el mejor de tus Paraísos' ". Porque fuerte

como la muerte es el amor... como el aroma de los campos de lavanda en primavera. Y su fruto fue dulce a nuestro paladar.

Y su fruto fue hermoso a nuestro paladar. Por completo vencido y vencedores de sus murallas blancas, la Amada tomó nuestra cabeza y la hizo reposar a la sombra de su cuello. Con uña de pedernal se rasgó el pecho y colocó nuestra boca para que mamáramos de esa otra boca avariciosa. Sus labios de carne eran delicioso manjar. Comí... y era dulce, dulce, sabroso como carne de corazón. Un dolor de hachazo y dentelladas nos abrió de pronto. Apartamos los labios de la Amada, sólo para descubrirnos un socavón sanguinolento en medio del pecho. Y fue amargo, amargo el regusto que percibimos en la boca. Habíamos devorado el propio corazón.

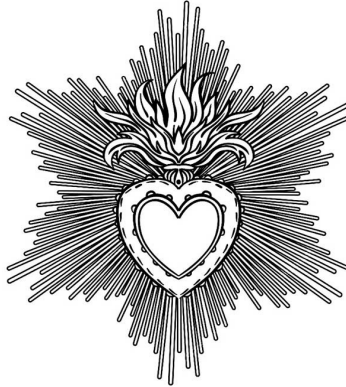
Primer Soneto de la Vita Nuova De Dante Alighieri

A ciascun'alma presa e gentil core
nel cui cospetto ven lo dir presente,
in ciò che mi rescrivan suo parvente,
salute in lor signor, cioè Amore.

Già eran quasi che atterzate l'ore
del tempo che onne stella n'è lucente,
quando m'apparve Amor subitamente,
cui essenza membrar mi dà orrore.

Allegro mi sembrava Amor tenendo
meo core in mano, e ne le braccia avea
madonna involta in un drappo dormendo.

Poi la svegliava, e d'esto core ardendo
lei paventosa umilmente pascea:
appresso gir lo ne vedea piangendo.



A toda alma cautiva y noble corazón,
ante cuya presencia llegan estas palabras,
para que sobre esto su parecer me escriban,
salud en nombre de Amor, su dueño.

Casi terciadas estaban ya las horas
del tiempo en que ilumina toda estrella,
cuando de pronto me apareció Amor,
cuyo aspecto me horroriza recordar.

Amor me parecía alegre, y tenía en su mano
mi corazón, y en sus brazos llevaba
a mi dama, que dormía cubierta con un paño.

Después la despertó, y el corazón ardiente
ella con humildad comía temerosa:
luego yo lo vi marchar llorando.

Trad. Julio Martínez Mesanza.

Esta no es una cabeza. Esta no es una cabeza cercenada. Esta no es una cabeza cercenada y colocada en un plato. Estas son tres cabezas cercenadas y colocadas en un plato. Una cabeza roja, una testa amarilla, una cholla negra a imagen y semejanza de Luzbel en la verdadera Comedia Luciferina, tan bello como portentoso ayer y hoy, por haberse rebelado a la tiranía del Padre, por los siglos de los siglos. Amén.

Son tres cabezas decapitadas parlantes. Y susurran, sisean, bisbisean, vociferan, gesticulan, vocingleran, cucurruquean, jilguerean, cacarean. Se arrebatan la palabra y por fin parlan:

—*Soy la testa habladora de Bertran de Born... La misma que le explicó al poeta por qué pecados fue desprendida de su altivo señor.*

—*Soy la cabeza dicharachera de don Alonso Quijadas...*

—*Soy la calavera de tu abuela... La primera Scherezada que te contaba historias.*

Y vuelta a arrebatarse las palabras como en un concurso de televisión.

—*Soy la testa de tu poder magnífico y esplendor sin par...*

—*Soy la cabeza de tu Amada blanca... Mira todo lo que puedo hacerte gozar con mi lengua.*

—*Soy el rostro de tu peor pesadilla... Soy tu agorera principal. Te revelaré tu rostro verdadero. Soy tu Casandra de cabecera...*

Una niña blanca de seis brazos las porta con delicadeza mientras se bambolea sinuosa y dice nuestro nuevo nombre: Jochanaan. “Te he hecho perder la cabeza y todas tus cabezas”, revela mientras deposita los platillos a los pies de nuestra efigie. Baila envuelta en velos transparentes que insinúan el esplendor de su cuerpo nínfeo y lunar. Con cada vuelta y giro se desprende de los paños tisú hasta quedar por entero desnuda. Inmovilizados en nuestro trono sólo los ojos bailan y gozan su carne en flor. Nos pregunta irresistible: “¿Quieres un beso de nuestros labios? Entonces síguenos hasta el abismo”. Y se recuesta frente a nosotros y abre la rosa de pétalos carnosos que esconde entre las piernas. Es un pasaje a una selva oscura, ahí se esconde la caverna profunda en donde siempre hemos deseado perdernos. Antes de que nos engulla por entero, alcanzamos a escuchar: “Te devoro para recuperar lo que era mío. Adivina quién soy”.

Corolario

Habían viajado toda la tarde para llegar a Acapulco antes de que el sol se pusiera. El Alfa Romeo color rojo era un puma ronroneante que, sin inmutarse, devoraba la pista asfáltica por kilómetros y kilómetros.

Apenas vislumbraron el mar, la mujer le pidió a su acompañante detenerse en un paraje aledaño. Él obedeció y condujo el auto por un camino de terracería. Luego dejaron el vehículo y escalaron un promontorio. Desde la cúspide vislumbraron una panorámica del mar con ese azul intenso, casi metálico, previo a la caída del sol. La mujer llevaba al hombro un morral y de ahí extrajo una pequeña urna color lapislázuli que, sin mayor ceremonia, vació en el acantilado. Una ráfaga de brisa hizo que el polvo recién vertido se insinuara como una silueta caprichosa antes de disolverse por completo.

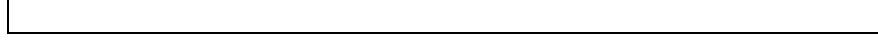
El hombre miró la escena como si fuera otro quien la contemplara. ¿Así de fácil acababa todo? Lanzó un suspiro que le quitó brevemente el aliento. La mujer devolvió la urna al morral y dijo: “Listo. Ahora sí podemos continuar”. El hombre asintió. Se abrazaron antes de desandar el camino. Atardecía. A sus espaldas, el cielo se incendiaba en naranjas esplendentes. Apuraron el paso para que la noche no les cayera encima.

Habían regresado al camino de terracería cuando escucharon detonaciones y luego vieron estelas en el cielo. “Ha de ser la fiesta del patrono del pueblo”, dijo la mujer mientras se acercaban al auto. El hombre miró alrededor porque había percibido olor a pólvora y gasolina. Retornaron a la carretera en tanto los últimos resplandores de sol cuajaban el horizonte de sombras. No pudieron avanzar mucho. El Alfa Romeo se detuvo ante un grupo armado que emboscaba el camino. Una mancha escarlata, un coágulo en las violentas arterias de la noche.

Epitafio del corazón

No se culpe a nadie
de mis latidos.





Nota bene

Además de las referencias que se citan en el cuerpo del texto y al calce de los recuadros informativos, es necesario consignar:

- El concepto de “corazón aleph” está inspirado en un post que José Gordon subió a sus redes sociales.
- “La canción del chilango” de Fernando Rivera Calderón es la base de uno de los coros del capítulo “Un corazón fuerte”.
- La noticia de “El crimen viaja en Metro” del capítulo “Un corazón fuerte” retoma y mezcla notas informativas del diario *Excelsior* y del portal *Nuestra Aparente Rendición*, publicadas los días 7 y 8 de enero de 2014.
- El personaje del Nahual y otros hechos criminales del capítulo “Un corazón puro” están documentados en el luminoso —y terrible— libro de Sergio González Rodríguez *El hombre sin cabeza*, Crónicas-Anagrama, 2009.
- Las imágenes fueron todas concebidas e intervenidas por la autora a partir de grabados, dibujos y fotos de libros, revistas e internet. En varios casos, la mano experta de Amalia Ángeles enriqueció la idea original. La foto titulada "Ceci n'est pas un coeur" fue tomada por la autora durante la Marcha por la Paz con Justicia y Dignidad que encabezó Javier Sicilia en su arribo a la Ciudad de México, el 8 de mayo de 2011.
- El contenido del recuadro “Un corazón insomne” me fue revelado por la imaginación onírica de Pablo Sebastián Lamoyi.

Agradecimientos

Revisando en mis cuadernos de notas, encuentro una primera referencia a Horacio, el personaje del capítulo “Corazón inquieto”, de noviembre de 2010. En el camino de este libro sobre el corazón, se entrecruzó también la escritura de *CorazoNadas* (2014) y de *El amor es hambre* (antes “Corazón de lobo”, 2015).

En junio de 2015, en un viaje a Reino Unido, me vi en la cafetería de la Tate Gallery con la poeta y novelista Adriana Díaz Enciso. Con los acontecimientos en México en el 2014, la historia de este corazón múltiple y veleidoso se me había ramificado. Así se lo conté a Adriana, quien entonces me sugirió que por qué no lo transformaba en una suerte de tratado. Fue la solución ideal para integrar la ficción novelística con la información real e imaginaria que había recopilado y fantaseado sobre el tema.

Antes de encontrar su versión final, este libro contó con la lectura y comentarios invaluable de Aline Pettersson, Mauricio Baeza, Lourdes Hernández Fuentes, Vicente Alfonso y Luzma Becerra.

Y como siempre, mi agradecimiento a mis editores: Mayra González y Ramón Córdoba. En un mundo de confusiones, no es poca cosa contar con la mirada cómplice de tantos amigos.



ANA CLAVEL
Las ninfas a veces sonríen

«Me envolvía en mis pétalos,
me gozaba sintiéndome... Yo era mi Paraíso.»

Ada es una niña y es una ninfa que despierta al mundo de la sensualidad. Sus hermanas, celosas, espían sus encuentros con hombres, héroes y titanes, y la delatan al Padre omnipotente para que la someta. Pero a ella no le importan los castigos ni la culpa, pues se sabe una verdadera diosa.

El mundo de Ada es el de la realidad cotidiana y a la vez un universo ficticio en el que se cruzan mitos, cuentos de hadas, leyendas. Las personas son lo que son pero también encarnan céfiros, dríadas, tritones, faunos, ángeles rebeldes... Y cada uno de ellos contribuye a su descubrimiento y exploración del deseo, la traición, el disfrute sexual, e incluso eso que algunos llaman perversiones. Ada crece y va madurando pero nunca deja de ser una ninfa en plenitud de poderes.

En este libro, la piel y sus abismos son una alegría rotunda, como en el principio de los tiempos; aquí los cuerpos se encienden y su goce es el más profundo de los saberes.



ANA CLAVEL
El amor es hambre

«Cuánta razón tenía el poeta que dijo que la culpa es mágica. Si miro este cuaderno boscoso con sus enramadas, claros de luz, lobos, caperucitas, canastas de comida y toda su hambre, no puedo dejar de reconocer todo lo que se urdió a la sombra redentora de sus pecados en flor.»

Artemisa tiene unos tiernos ¿cuatro? años cuando despierta junto a sus padres, que hacen el amor. Y ellos la incorporan, con alegría tripartita, al goce. Al morir sus padres, el padrino y tutor de la núbil mujercita va guiándola, con amor, sabiduría y sutileza, al encuentro de sus sensaciones, de su erotismo, del placer... Por él descubrirá, lo mismo que con los otros lobos y caperucitas que se cruzan en su camino, que en realidad «en todo corazón habita un bosque» y que «el amor es el sentimiento más voraz».

Artemisa se vuelve así una joven libre, llena de ansias de explorar, y las satisface yéndose a un enclave turístico lleno de playas, sol, amantes y el encuentro con las delicias de la buena mesa. Artemisa aprende esos secretos y otros muchos, desarrolla sus talentos, inventa, innova, explora, y eso la lleva a ser una destacada chef y a abrir su propio restaurante de especialidades carnívoras: *Corazón de Lobo*.

«Lo prohibido tiene dedos, tacto. Por eso nos “tienta”. ¿No es tentar, la tentación, una metáfora en sí misma y perfecta? Es que siempre pensamos con el cuerpo.» Esta novela, que transita el borde que divide a lo prohibido de lo abismal, es prueba contundente de ello.

«El corazón, esa zona secreta donde llevamos inscritos el paraíso y su dolor como un tatuaje profundo.»



En esta novela se entrecruzan los destinos de una mujer que a punto de suicidarse se detiene al pensar que no ha visto el Taj Mahal, de un hombre sometido a una operación del corazón que al salir del hospital descubre que ha dejado de ser el autómatas que era, de una joven descuartizada que deambula como alma sin rumbo y de un sicario caníbal, dueño y señor de legiones que habitan en su interior.

Narrada a través de cuatro voces que se suceden como un irrefrenable flujo sanguíneo, los protagonistas de esta historia nos permiten atisbar uno de los mayores enigmas literarios o no: el corazón humano, ese territorio de claroscuros, deseos y misterios.

El fino entramado narrativo de esta obra de Ana V. Clavel se complementa y resignifica a través de recuadros, apostillas e imágenes, a la manera de un tratado, donde se consignan asombrosos datos médicos e históricos, se expone la otra cara de leyendas y mitos sobre el tema, y se revelan facetas inusitadas del corazón como icono innegable en nuestras vidas.



© Barry Domínguez

Ana V. Clavel es autora de los libros de cuentos: *Fuera de escena* (1984), *Amorosos de atar* (1992), *Paraísos trémulos* (Alfaguara 2002), *Amor y otros suicidios* (2012) y *CorazoNadas* (2014). Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen 1991. Medalla de Plata 2004 de la Société Académique Arts-Sciences-Lettres de Francia. Sus novelas *Los deseos y su sombra* (Alfaguara 2000) y *Cuerpo náufrago* (Alfaguara 2005) se han traducido al inglés, y *El dibujante de sombras* (Alfaguara 2009), al francés. *Las Violetas son flores del deseo* (Alfaguara 2007, traducida al francés y al árabe) obtuvo el Premio de Novela Corta Juan Rulfo 2005 de Radio Francia Internacional. *Las ninfas a veces sonríen* (Alfaguara 2013, traducida al francés) obtuvo el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska. Ha publicado los libros de ensayo *A la sombra de los deseos en flor* (2008) y *Territorio Lolita* (Alfaguara 2017). Su más reciente novela es *El amor es hambre* (Alfaguara 2015). Sus libros han dado origen a proyectos “transliterarios” que conjuntan video, fotografía, instalación, intervención artística, performance.

www.anaclavel.com

Esta obra se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Breve tratado del corazón

Primera edición digital: abril, 2019

D. R. © 2019, Ana Clavel

Publicada mediante acuerdo de VF Agencia Literaria

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Amalia Ángeles, por el diseño de cubierta
D. R. © Getty Images, por la imagen de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta
obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro
(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN:

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice

Breve tratado del corazón

Primera parte

Capítulo 1. Un corazón simple

Capítulo 2. Un corazón inquieto

Segunda parte

Capítulo 3. Un corazón fuerte

Capítulo 4. Un corazón puro

Corolario

Epitafio del corazón

Nota bene

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos